

LIRA ARGENTINA



RECOPIACIÓN DE POESÍAS SELECTAS

DE POETAS ARGENTINOS

POR

J. M. E.



BUENOS AIRES

P. M. CARBALLIDO Y Cia., EDITORES

Boulevard Entre-Ríos, número 391

1889


~~~~~

**LIRA ARGENTINA**

~~~~~

COMPANIA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO, SAN MARTIN 258

ÍNDICE POR AUTORES

	PAGINAS
ANDRADE, OLEGARIO —La Atlántida.....	1
« « —El nido de Cóndores.....	19
ASCASUBI, HILARIO—La madrugada.....	27
BALCARCE, FLORENCIO—La partida.....	31
CUENCA, CLAUDIO M.—Jamás.....	35
« « —Mi cara.....	39
CHASSAING, JUAN—Á mi bandera.....	40
CORONADO, MARTÍN—El cantar de los cantares.....	41
« « —Siempreviva.....	47
DE LA VEGA, VENTURA—La agitación.....	51
DOMINGUEZ, LUIS L.—El ombú.....	55
DEL CAMPO, ESTANISLAO—Fausto.....	61
ENCINA, CÁRLOS—Canto al arte.....	72
ECHEVERRÍA, ESTÉBAN—El desierto.....	80
« « —Tucumán (Fragmento del poema «Avellaneda»).....	86
« « —** (Fragmento de «El ángel caído»).....	90
GODOY, JUAN J.—La palma del desierto.....	91

	PAGINAS
GUTIERREZ, JUAN M.—A mi caballo.....	95
« « —Amor del desierto.....	99
GUTIERREZ, RICARDO—El poeta y el soldado.....	101
« « —La oración.....	106
« « —El misionero.....	110
GUIDO SPANO, CÁRLOS—A mi hija María del Pilar....	115
« « « —Nenia.....	118
« « « —Al pasar.....	120
HIDALGO, BARTOLOMÉ—Las fiestas mayas.....	126
HERNANDEZ, JOSÉ—Consejos de Martín Fierro.....	136
LUCA, ESTÉBAN DE—Canto lírico á la libertad de Lima	143
« « —A la señorita Joaquina Izquierdo..	161
LOPEZ Y PLANES, VICENTE—En la batalla de Maipó.....	163
LAFINUR, JUAN C.—Á la muerte del General Belgrano..	167
MÁRMOL, JOSÉ—Cristóbal Colón.....	171
« « —Los trópicos.....	175
MITRE, BARTOLOMÉ—Á mi hija Delfina.....	179
MENDEZ, GERVASIO—Á Dios.....	182
« « —Amor celeste.....	185
« « —Lucha.....	189
OYUELA, CALIXTO—Eros.....	191
OBLIGADO, RAFAEL—Echeverría.....	195
« « —La muerte del payador.....	205
« « —El hogar vacío.....	211

	PAGINAS
PELLIZA DE SAGASTA, JOSEFINA --Perdón (De «El In- mortal»)	214
RIVERA INDARTE, JOSÉ—El festín de Baltasar	219
VARELA, JUAN CRUZ—Campana del ejército republica- no del Brasil y triunfo de Itu- zaingó	223
« « --De mi muerte	246
VARELA, FLORENCIO—Al 25 de Mayo de 1826	248





ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

Wake!

HAMLET

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la árdua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brotan de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,—
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movable cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo
Sobre muros de nieves sempiternas,

Desplegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la yedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales!
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre las tumbas de las razas muertas!

Allá en el fondo oscuro
Del valle que á los piés del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda,
Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,—
Vago rumor se siente.....
El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!

Y en el confin lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso, el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondanadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
Á inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Illion, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,—
Aquella tribu oscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno
La inquietud de la onda comprimida,
El rumor interior, la voz del trueno
Que emplaza á las naciones

Á las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina—
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Océano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje—
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno,
Con siniestra ansiedad, el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
Que á la luz del crepúsculo, parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera

En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dólmen maldito!
Pero cayó espirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sárмата cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feroz Escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse á sus altares!

¡Largo su imperio fué! ¡Largo y fecundo,
El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
La luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáfcos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente

La corona de yedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

Era tarde, en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.— Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos—
Nubes del Septentrión, vientos del polo.
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.—
Solo quedó de pie, soberbio atleta
Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,

Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.—
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
Ó por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
Y el sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven
Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,

Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la sávia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
Á suceder á la cesárea stirpe,
La raza soberana de los Cides!

Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevò volvía
Á ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansioso de combates
Fué á renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas

Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pié de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas,
Hoguera á cuya lumbre soberana
Vá á forjar, como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,—
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de ·almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia

El genio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
Para alzarla espirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles,
Pero astro que se pone en el ocaso
Tras nubes de rojizos arreboles.
Brillante fué el imperio de la fuerza!
Brillante, pero efimero; la espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos,—
La espada de Austerlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota,
Cayó en los campos de Sedan, sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera

Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata,
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan. Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza.
Así España sacude la cabeza
Tras largas horas de sopor profundo
Y arroja los fragmentos
De su pasada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

Soberbio mar, engendrador de mundos!
Inquieto mar Atlante,
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncadas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
Ó gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar! de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,

Al ronco son de tempestad bravía,
Náufragos del abismo, las montañas—
Mientras el cielo en la extensión desierta,
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sòl su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en armonioso coro
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día,
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la historia—un mundo niño!
¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas,
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía,
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos

Para mojar tu frente!
Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde, traía
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina, contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto,
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
Que á sus piés se arrastraban y gemían.
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera.
Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora—

Y la nave avanzó, y el Oceano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente, rugiendo, el torbellino,
Jinete en el relámpago sangriento
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas,
Era lo que soñaba:
Ámbito y luz en apartadas zonas.
Hélo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado,
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya. Lleva en el seno
El insondable afán de lo infinito,
Y lo infinito por doquier le llama,
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno.
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!

Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos.

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores,
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza,
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
Para emprender el vuelo á otras riberas.

Allá Méjico está: sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aún espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa.
Y más allá Colombia, adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo,
Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo.

¡Salve, zona feliz, región querida
Del almo sol que tus encantos ceta,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!

Todo en tu suelo es grande;
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroísmo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo.

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota .
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura;
Mas no ha muerto el Perú, que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura,
Y entonces, cuando llegue
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo, que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán de flores de oro.

¡Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Ávila,
Su genio inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,
Sueña también en anchos horizontes,
En que, en vez de cureñas y cañones,
Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes.

Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
Á colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho.

El Uruguay qué, combatiendo, entrega
Su seno á las caricias del progreso;
El Brasil, que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso;
Y al que sólo falta
El ser más libre para ser más grande;
Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande.

¡De pie para cantarla, que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales;
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales,
Y que hoy llama al festín de su opulencia
Á cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia!
La patria, que ensanchó sus horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron.
La patria, que olvidada

• De la civil querella, arrojó lejos
 • El fratricida acero,
 Y que lleva orgullosa
 La corona de espigas en la frente
 Menos ~~pesada~~ que el laurel guerrero.
 ¡La patria! en ella cabe
 Cuanto de grande el pensamiento alcanza,
 En ella el sol de redención se enciende,
 Ella al encuentro del futuro avanza,
 Y su mano del Plata desbordante
 La inmensa copa á las naciones tiende.

¡Ámbito inmenso, abierto
 De la latina raza al hondo anhelo!
 El mar, el mar gigante, la montaña
 En eterno coloquio con el cielo,
 Y más allá el desierto;
 Acá ríos que corren desbordados,
 Allí valles que ondean
 Como ríos eternos de verdura,
 Los bosques á los bosques enlazados,
 Doquier la libertad, doquier la vida
 Palpitando en el aire, en la pradera,
 Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada,
 Que Platón presintió! Promesa de oro
 Del porvenir humano, reservada
 Á la raza fecunda
 Cuyo seno engendró para la historia
 Los Césares del genio y de la espada;
 Aquí va á realizar lo que no pudo

Del mundo antiguo en los escombros yertos,
La más bella visión de sus visiones:
Al himno colosal de los desiertos,
La eterna comunión de las naciones.

OLEGARIO V. ANDRADE.

EL NIDO DE CÓNDORES

FANTASÍA

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores, .
Un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

Todo es silencio en torno! Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos
En cuyo negro seno,
Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña;
Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
De encartadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojarón y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña;
Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,
 Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante.»

El Cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdo de otro tiempo de esplendores,
 De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!
Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
. Dando caza á las nubes en Oriente;

O con mirada altiva
 En la garra pujante se apoyaba,
 Cual se apoya un titán sobre su clava!
 Una mañana—inolvidable día!
 Ya iba á soltar el vuelo soberano
 Para surcar la inmensidad sombría
 Y descender al llano,
 A celebrar con ansia convulsiva
 Su sangriento festín de carne viva.—
 Cuando sintió un rumor nunca escuchado
 En las hondas gargantas de Occidente;
 El rumor del torrente desatado,
 La cólera rugiente
 Del volcán que en horrible paroxismo
 Se revuelca en el fondo del abismo!
 Choque de armas y cánticos de guerra
 Resonaron después. Relincho agudo
 Lanzó el corcel de la argentina tierra
 Desde el peñasco mudo;
 Y vibraron los bélicos clarines,
 Del Ande gigantesco en los confines!
 Crecida muchedumbre se agolpaba
 Cual las ondas del mar en sus linderos;
 Infantes y jinetes avanzaban
 Desnudos los aceros,
 Y atónita al sentirlos la montaña,
 Bajó la frente, y desgarró su entraña! (1)
 Dónde van? dónde van? Dios los empuja!
 Amor de patria y libertad los guía;

(1) Pasaje de los Andes, 23 de Enero de 1817.

Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo.
Van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera.
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!
El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡Este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: mirad! Esa es mi gloria!

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
Y á sus rancos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!
Un día... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;

Viento de tempestad llevó á su oído,
Rugidos de marea;
Y descendió á la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

Porfiada era la lid! por las laderas
Bajaban los bizarros batallones
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,

Como heridos de un vértigo tremendo
En la cima fatal iban cayendo!

Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
Y al fin entre relámpagos de gloria,
Vino á alzarla en sus brazos la victoria! (1)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Girones de estandartes castellanos!

V

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,

(1) Batalla de Chacabuco, 12 de Febrero 1817.

Fué siguiendo los vívidos fulgores,
De la bandera azul de sus amores!

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella

Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos! (1)

Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo:
El sol de libertad que aparecía

Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

Cuántos recuerdos despertó el viajero,
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente

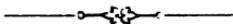
(1) Sorpresa de Caucha, Rayada, 19 de Marzo de 1818.

Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente!
¿Á dónde vá? ¿Qué vértigo lo lleva?
Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Vá á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores!
Vá á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
ALLÁ, DONDE SE QUEJA LA RIBERA
CON AMARGO LAMENTO,
PORQUE SINTIÓ PASAR PLANTA EXTRANJERA
Y NO SINTIÓ TRONAR EL ESCARMIENTO!
Y allá estará! cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alce á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: Este es el grande!

OLEGARIO V. ANDRADE.

Mayo de 1877.

••



LA MADRUGADA

Como no era dormilona,
Antes del alba siguiente,
Bien peinada y diligente
Se hallaba Juana Petrona,
Cuando ya lucidamente

Venía *clariando* al cielo
La luz de la madrugada,
Y las gallinas al vuelo
Se dejaban *cair* al suelo
De encima de la *ramada*.

Al tiempo que la naciente
Rosada aurora del día,
Ansi que su luz subía,
La noche oscura al poniente
Tenebrosa descendía.

Y como antorcha lejana
De brillante reverbero,
Alumbrando al campo entero
Nacía con la mañana
Brillantísimo el lucero.

Viento blandito del norte,
Por San Borombón cruzaba
Sahumado, porque llegaba

De Buenos Aires, la corte
Que entre dormida dejaba.

Ya también las golondrinas,
Los cardenales y *horneros*,
Calandrias y *carpinteros*,
Cotorras y becasinas,
Y mil loros *barrangueros*,

Los más alborotadores
De aquella inmensa bandada,
En la espadaña rociada
Festejaban los albores
De la nueva madrugada;

Y cantando sin cesar
Todo el *pago* alborotaban
Mientras los gansos nadaban
Con su grupo singular
De gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
Toda la *pampa* brotaba,
Al tiempo que coronaba
Los montes á la distancia
Un resplandor que encantaba.

Luz brillante que allí asoma,
El sol antes de nacer;
Y entónces da gozo el ver
Los gauchos sobre la loma
Al *campiar* y recoger;

Y se veían alegrones
Por varios rumbos cantando
Y sus caballos saltando
Fogosos los albardones,
Al galope y *escarciando*;

Y entre los recogedores
También sus perros se vían,
Que retozando corrían
Festivos y ladradores,
Que á las vacas aturdían.

Y embelesaba el *ganao*
Lerdiando para el rodeo,
Como era un lindo recreo
Ver sobre un toro *plantao*
Dir cantando un venteveo;

En cuyo canto la fiera
Parece que se gozara,
Porque las orejas para
Mansita, cual si quisiera
Que el ave no se asustara.

Ansí, á la orilla del fango
Del bañado, la más blanca
Y cosquillosa potranca
Ni mosquea, si un chimango
Se le deja *cair* en la anca.

Solos, pues, sin *albeldrio*,
Estaban los *ovejeros*
Cuidando de los *chiqueros*,

Mientras se alzaba el rocío
Para largar los corderos.

Después, en San Borombón
Todo á esa hora embelesaba,
Hasta el aire que zumbaba,
Al salir del cañadón
La bandada que volaba;

Y la sombra que de aquella
Sobre el pastizal refleja,
Tan rápida que asemeja
Un relámpago ó centella,
Y velozmente se aleja.

Y los potros relinchaban
Entre las yeguas *mezclaos*;
Y allá lejos *enzelaos*
Los *baguales* contestaban
Todos *desasosegaos*.

Ansí los ñacurutuces
Con cara fiera miraban
Que esponjados *gambetiaban*,
Juyendo los avestruces
Que los perros acosaban.

Al concluir la recogida,
Cuando entran á corretiarlos :
Y que al tiempo de alcanzarlos
Aquellos, de una tendida
Se divierten en *cociarlos*.

Y de ahí, los perros trotiando
Con tanta lengua estirada
Se vienen á la *carniada*,
Y allí se tienden *jadiando*
Con la cabeza *ladiada*;

Para que las *criaturas*
Que andan por allí al *redor*,
Ó algún mozo *carniador*,
Les larguen unas *achuras*
Que es bocado de mi flor.

Tal fué por San Borombón
La madrugada del día
En que el *payador* debía
Hacer la continuación
Del cuento aquél que sabía.

HILARIO ASCASUBI.

LA PARTIDA

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
Que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
Me ordena que deje la playa argentina:
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
Que baten los vientos, las aguas y el sol,
Y trémula al soplo del aura se agita
Su caída anunciando continuo temblor,

Tal seca mi vida de muerte el aliento,
Mi paso vacila, se arruga mi faz;
Y ya desprenderme del árbol me siento,
Y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas, viene en mis sueños el ángel luciente
De dulce esperanza, mi amigo más fiel;
Su mano acaricia mi lívida frente,
Sus labios me dicen palabras de miel.

« Allá tras los mares existe otro suelo,
Que oculta, me dice, tu antiguo verdor. »
Su voz creo y sigo, pues viene del cielo;
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
Moviendo sus alas en aérea región;
Destello que alumbra del negro destino
Los hondos arcanos, la oscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
El mundo y los siglos que vienen en pos;
¡ Oh Patria ! tu nombre reluce á lo lejos,
Y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento,
Y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
Te den mis amigos la paz y el contento,
Con frentes ya calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
Con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿ Á quién pertenece que el mundo no habita ?
Á alguno que el cielo....; La mía es talvez !

Mas no, que el Destino mi muerte aún no ordena,
No extinta del todo mi estrella quedó;
Su trémulo curso me arrastra hacia el Sena:
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero,
Debajo de un cielo de bronce á mi mal,
Veré sólo en torno desdén altanero,
En vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
Si el golpe de muerte consigo embotar,
Y algunos instantes robando al Destino
Llevar mis ofrendas ; oh gloria ! á tu altar.

¡ Entonces mil veces feliz me diría,
Si viese la lumbre del sol que me crió;
Si el agua bebiese del río que un día
El pie de mi cuna bramando lamió !

De inícuos tiranos el ceño que espanta,
La turba de impíos que erguidos están,
Son granos de polvo que el viento levanta:
Cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡ oh Patria ! tu noble bandera
Flameando en las nubes con nuevo fulgor,
Hará que gozoso cantando yo muera:
Adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

IV

Pero ¡ ay ! que á mis oídos el viento que zumba
Es voz que me llama á la otra mansión;
Do clavo los ojos descubro una tumba,
Y un éco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la Patria, su oprobio me humilla;
Sus hijos dormidos su afrenta no ven:
Reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
Y horrendas cadenas arrastran sus pies...

¡ Oh Patria ! si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
Perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos, si os llama talvez el acaso
Al suelo extranjero do voy á morir,
Por Dios, en mi tumba tened vuestro paso;
No todos, no todos se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno,
Adiós, compañeros de infancia feliz:
Amigos queridos, mi adiós es eterno;
Adiós, Buenos Aires, mil veces y mil !

FLORENCIO BALCARCE.

Año 1837.

J A M Á S

Nube naciente de espumoso encaje,
De nácar, de oro y vaporoso tul,
Ostenta al alba su vistoso traje
Que ondula en medio del espacio azul.

Mece en el aire sus graciosas ondas,
Que un rayo viene de la aurora á orlar,
Y sus flotantes, purpurinas blondas,
Mira orgullosa en derredor flamear.

Mira la noche en occidente hundiendo
De las tinieblas el postrer capuz,
Y allá en el éter de entre el caos naciendo
Del sol risueño la primera luz.

Mira apacible sonreír el cielo,
Leve la brisa por su sien vagar,
Y en el vacío que hendirá su vuelo
Fragantes flores ante sí brotar.

Hunde sus ojos en la inmensa hondura
Que bonacible y cristalina ve,
Y en los abismos de la nada pura
Tropiezo no halla que temer su pie.

La aurora bella que al cenit la guía
Sonrosa el cielo por do alegre va;
El sol la mima, la corteja el día,
Y el tiempo mira sonreír allá.

Pero de pronto tempestuosa niebla
Del sol empaña la tranquila faz;
De horrendas nubes el cenit se puebla,
Brama rabioso el huracán voraz.

Débil juguete del airado viento,
Sus ondas ruedan al capricho allí;
Estalla el trueno su estampido cruento,
Serpea el rayo en derredor de sí.

Pielagos surca de vapor, movida
Por el antojo de brutal vaivén;
Sin ruta, guía, ni fulgor, perdida
Rueda en la niebla su asombrada sien.

De su ropaje desprenderse mira
Las joyas de oro que vistió al nacer;
Que hace, arrancadas de doquier con ira,
Una por una el huracán caer.

Misera en vano por seguir insiste
Su leda ruta de inocencia y paz;

Porque burlada, descompuesta y triste,
La traga al cabo el torbellino audaz

Así es la vida: de oropel brillante,
Nube sentada sobre hermoso tren,
Que junto tiene á su primer instante
Envuelto en risas el postrer también.

Así es la vida: lontananza, estrella
De un cosmorama seductor, procaz;
Para el que empieza á contemplarla, ¡bella!
Para el que llega á su mitad, ¡falaz!

Así es la vida: si al través la mira
Del desengaño la madura edad,
En risas, bienes y placer, ¡mentira!
En penas, llanto y maldición, ¡verdad!

Su dicha es humo, su infortunio roca;
Su dicha pasa, su infortunio no;
Nada allí queda donde el bien la toca;
Suplicios sufre donde el mal tocó.

Así es la vida: presunción dorada,
En sus principios esperanza y fe,
Y en la mitad de su carrera, ¡nada!
Visión de luces que mentira fué.

Su gusto es brisa, tempestad su pena,
Sus goces olas, su desgracia mar;
Su copa el tiempo hasta los bordes llena
De miel insulsa, de inquietud y azar.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,
Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Náufrago el hombre por el mar airado
Busca la playa, pero tarde ya,
Porque bien pronto debe ser tragado
Por el abismo en que suspenso está.

Cuando hoy la suerte su favor le niega,
Se dice el hombre: le tendré después;
Hasta que al cabo el desengaño llega
Sin ver de esa hora el arrebol tal vez.

Llévase el viento, como viento que era,
La pingüe renta que adquirir pensó;
Huye del fausto la falaz quimera,
Caen los palacios que en el aire alzó.

Unas tras otras se disipan luego
Dicha, esperanza, juventud y paz;
Llévase el tiempo su pristino fuego,
Y lo que él lleva, ya no vuelve más.

Agosta el llanto del dolor la risa,
La gracia y flores de la edad pueril;
Y acaba el soplo abrasador á prisa
De las pasiones el ardor febril.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Cuando se empieza á marchitar la tez,

Cuando de cerca la fantasma fea
De la existencia ya se ve lo que es:

Ya el hombre entonces de los hombres duda,
Ya poco ó nada sus promesas cree,
Ya en calma fría su entusiasmo muda,
Ya en todo burla y desengaños ve.

Ya le ha faltado la amistad acaso,
Ya la hermosura le burló en su amor;
Ya muchas veces tropezó en el lazo
Que el mundo tiende al juvenil candor.

Cuando el cabello de la sien blanquea,
Ya no hay mañana, ni después, ni más;
De ayer apenas la fugaz idea,
Y de hoy, ni pasa, el matador jamás.

CLAUDIO M. CUENCA.

MI CARA

Esta cara impasible, yerta, umbría,
Hasta ¡ay de mí! para la que amo, helada,
Sin fuego, sin pasión, sin luz, sin nada,
No creas que es ¡ay, no! la cara mía.

Porque esta, amigo, indiferente y fría
Que traigo casi siempre, es estudiada...
Es cara artificial, enmascarada,
Y, aquí para los dos: la ¡hipocresía!

Y teniendo que ser todo apariencia,
 Disimulo, mentira, fingimiento,
 Y un astuto artificio en mi existencia,

Por no poder obrar conforme siento
 Y me lo manda Dios y mi conciencia,
 Tengo pues, que mentir, amigo, y miento!

CLAUDIO M. CUENCA.

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
 Melancólica imagen de la patria,
 Núcleo de inmenso amor desconocido
 Que en pos de tí me arrastras,
 ¿Bajo qué cielo flameará tu paño
 Que no te siga sin cesar mi planta?

¡Cuando el rugido del cañón anuncia
 El día de la gloria en la batalla,
 Tú, como el ángel de la inmensa muerte,
 Te agitas y nos llamas!
 ¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
 Allá voy, allá voy sobre la pampa,
 Bajo el cañón del enemigo injusto
 A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! que la sombra de la noche eterna
 Me anuble para siempre la mirada,

Si un día triste te verán mis ojos
Huyendo en la batalla,
Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria.

JUAN CHASSAING.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
Un edén escondido:
Son dos novios de ayer que han hecho el nido
Donde lo haría el sueño de un poeta.

Ellos quisieron, para amarse á solas,
La errante soledad del camarote;
Y el nido, puesto á flote,
Con alas de vapor hiende las olas.

Allí está la pareja, cuyo anhelo
Unió la tierra al cielo
Con invisibles lazos,
Cuando en nombre del dios que abre las flores,
El dulce amor la aprisionó en sus brazos.

Ella, la hermosa frente
Al peso del rubor tiene doblada,
Y ha entornado los ojos, porque siente
El miedo de la luz en la mirada.

El, se ha puesto de hinojos
Para tomar y acariciar su mano;
Para sentir, espiándole los ojos,
Que es suya, toda suya,
La virgen de los ruegos soberanos.

Allí están, en profundo
Éxtasis de pasión, sabiendo apenas
Que pueda haber más gloria en este mundo
Que el beso forjador de sus cadenas.

Y en tanto que ella esconde,
Huyendo del rubor, sin saber donde,
Sobre su pecho el rostro enrojecido,
El traduce los besos en palabras
Y el poema inmortal canta en su oído:

«Acuérdate, mi amada,
Del día aquel que nos unió el destino,
Cuando puso el Señor en mi camino
La promesa del cielo en tu mirada.

«Aquel hermoso día,
Era un arrullo la Creación entera,
Y al través de tu alma y de la mía,
Como un enjambre de alas rumorosas,
Pasó la primavera.

«Yo no sé como fué que nos sentimos
Con sed de luz, de cantos y de aromas;
Nos amamos mirándonos,

Como brotan las flores en racimos
Y nacen en casaes las palomas.

«Desde entónces, la vida,
Sonrojada en los dos, tuvo colores,
Y ofreció á la ilusión, embellecida,
Regazo azul para soñar amores.

«¡Quién tuviera la voz de la inocencia
Para encantar las almas, evocando
De nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
Que á nuestro corazón se está asomando!

«El tiempo aquél,—acuérdate, alma mía!—
Cuando en las tardes tu beldad galana
En vaporoso traje se envolvía,
Y á mí me parecía
Que era marco del cielo tu ventana.

«Cuando en el templo, lleno
De luz crepuscular, al lado tuyo
Iba á sentirme generoso y bueno,
Y á orar por mis quimeras, con el alma
Mecida por las ondas de tu seno!

«Acuérdate, mi encanto,
De aquella noche de las dulces horas
Por cuya sombra suspiramos tanto!

«Cuando, por vez primera,
Atravesó el dintel de tu morada

Mi tímida ternura,
Que envidiaba á tus rosas la ventura
De acariciar tu negra cabellera!

«Ni en la voz de pasión con que embelesas
Mi existencia cautiva,
Hay más gritos de amor que en el relámpago
Con que me dijo ruegos y promesas
Tu mirada furtiva.

«¡Cuánto ideal risueño
Con sus visiones de brillantes galas,
Aquella noche acarició mi sueño,
Cuando tu imagen me cerró los ojos
Y el alma insomne desplegó las alas!

«Como soñar contigo era mi vida,
Soñé que eras de Dios hija mimada!
Un Dios tan justo y bueno
Que tan solo á mis besos consagrada
Te aguardaba en los cielos escondida!

«En la hora nupcial del paraiso
La estrella del amor brilló en tu frente;
Y, porque Dios lo quiso,
Un ángel puro abandonó en mis brazos
Tu belleza inocente. —

«Y eras, mi bien, tan bella,
Que no había en mi espíritu adormido
Otro rayo de sol que el de tu huella;
Y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
Tenían el color de tu vestido!

«Acuérdate, mi gloria,
De tanta imagen dulce y sonriente
Que despertar se siente,
Como una aurora eterna, en la memoria,

«Aquel cambio de flores, á hurtadillas,
Sin que nadie nos viera;
Y aquel hallarse siempre y donde quiera
Unidas *por milagro* nuestras sillas.

«Y aquel pensar los dos la misma cosa
Que parece mentira,
Como si fuera el alma luminosa
Cuando el amor la mira.

«Y aquellos celos míos, que llenaban
Mi alma de relámpagos, y luego,
Vencidos por la pena de tu ruego,
En tus hermosos ojos se apagaban!

«Nunca estará lejana
De nuestro corazón, en hora alguna
Esa bandada inquieta de recuerdos
Que en derredor de la inocente cuna
Sus alas blancas batirá mañana.

«Ahora que estoy de hinojos,
Alza tus negros ojos
Para ver el abismo de los cielos;
Alza, para mirar si son más rojos
Tus labios ó mis celos.

«Todo en torno respira
El amor y la luz; voces extrañas
Arrullan en el aire que suspira;
Y el río, como el cielo que nos mira,
Tiene besos de sol en las entrañas.

«Bésame tú también en nuestro nido:
Quiero, de encanto lleno,
Contar sobre tu labio estremecido
Desde el primero al último latido
De ese mi corazón que está en tu seno!

«Alza, mi bien, la frente coronada
De lánguidos rubores,
Más bellos todavía que las flores
Con que teje la virgen desposada
Su diadema de amores.

«Flota en el aire tibio
El perfume de todas las corolas;
La luz en el espacio centellea;
Y en el blando regazo de las olas
Nuestro lecho nupcial se balancea.

«Escóndete en mis brazos, alma mía,
Y bésame en secreto,
Que hay un rayo de sol que nos espía,
Para contarlo al oleaje inquieto.

«Bésame eternamente,
Arrullando las horas de mi vida
Con tu dulce caricia enamorada,

Y te amaré rendida
Más que te amaba un tiempo suspirada.

«Sueños y desvaríos
De la dicha serena
En ese beso eterno, mi morena,
Pasarán de tus labios á los míos.

«Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
Con miedo de la noche abrumadora,
Veré el día que parte,
Y entre tus brazos soñaré la aurora
Con ansia de la luz para mirarte».

Así canta el amor, en el oído
De la novia agitada y suspirante.
El poema del nido,
Mientras la nave, errante
En alas del vapor, tiende su estela
Sobre el camino del edén perdido.

MARTÍN CORONADO.

SIEMPREVIVA

Cuando partí, su corazón ya mío,
Lanzó su vida de mi planta en pos:
Aquel nido de amor quedó sombrío
Como tumba sin lágrimas... vacío
Como el alma sin Dios,

¿Por qué mi paso errante en su camino
No se desvió del rancho de su hogar,
Cuando triste, y doliente, y peregrino,
El martirio de amor de mi destino
Arrastraba al azar?

¡Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
La envolvían en rayos de pasión,
Para arrancar á la quietud del sueño
Su ternura de tórtola sin dueño
Dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
Reservada á los pobres del saber,
Y á quince años, hermana de la luna,
Guardaba aún el sello de la cuna
Su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
Buscó la mía su pupila azul;
Como el sol que corona una alborada,
El amor en su frente immaculada
Tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
Rozando mi tostado á su alazán:
Ella, trémula siempre ante los nidos,
Con tumultuoso oleaje de latidos
Revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba
Lanzando á la carrera su corcel,

Y una rama á los molles arrancaba :
—¿La quieres para tí?—me preguntaba,
—Se parece al laurel.

O sinó, con las flores de los tolas,
Miniaturas de nácar del jazmín,
Que en racimos abrían sus corolas,
Tachonaba sus trenzas, dueñas solas
Del agreste jardín;

Y radiante de júbilo venía
Su victoria en mis ojos á buscar;
—¿No es verdad que estoy bella,—me decía,—
Que soy tu sueño, que tu lira es mía,
Que me vas á cantar?

Otras veces las cuevas empinadas
Ascendía, siguiendo el caracol
De la senda tortuosa en las quebradas,
Cubierta con las alas desplegadas
De su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
Revelaba abandono y languidez:
Se doblaba su mórbida cintura
Como rama de sauce que asegura
Dos nidos á la vez,

Yo entonces la seguía: y orgullosa
De guiarme en la marcha:—¡Por aquí!—
Repetía mil veces afanosa,
Y murmuraba á intervalos quejosa:
—¡No tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
Del abismo sin luz del porvenir,
Parecía á mis sueños de poeta
Estrella de crepúsculo, sujeta
 Á temblar.... y á morir.

Entonces de las manos me tomaba,
Me atraía hacia ella, y sin querer,
Su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde,—murmuraba—
 ¡Qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora
El cielo el sol como el amor su faz;
Su sonrisa era el beso de una aurora,
Su palabra, caricia tembladora,
 Arrullo de torcaz.

Todo pasó: la arena del camino
Marcó otra vez la huella de mi pie,
Y triste, y solitario, y peregrino,
Con la sombra inmortal de mi destino
 Del valle me alejé.

¡Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
En la noche sin ~~astros~~ del dolor,
Al amor sollozante de mi vida
La inmolé sobre el ara conmovida
 Por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
De mi memoria el enlutado altar:

¡Mártir de mi delirio y tu inocencia,
Dios te ató en aquel día á mi conciencia;
No te puedo olvidar!

Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
Como el eco tenaz de la expiación;
Rayo de luna á mi pupila asido,
Tu blanca imagen arrullando el nido
Es mi eterna visión.

MARTÍN CORONADO.

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor! Caber no puede
Donde impera tu imagen adorada,
Patria, gloria, amistad.... cuanto solía
Mi pecho conmover.... ¡ya todo cede!
Á la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
O vá á estrellarse en el peñasco rudo:
Así en la fiebre do anhelando gira
Esta alma delirante,

Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco, errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

¿Y este vaivén continuo, esta perpétua
Conmoción es la vida? ¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensible,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba,
Inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpido la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!

Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en tí habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
En tí no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad, ¿do estás? Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Vén, ocúpalo tú. Si ronco suena

El guerrero clarín y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastárame empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra
Al son triunfal de los preñados bronce
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?

En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
¡«Felicidad, felicidad!», clamaba,
Y en tanto «aquí domina»,
Otro desde la tumba le gritaba.

¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí?—¡Silencio mudo!
Y las horas corrían!....
Y los años volaban!....
Las hojas de los árboles caían,
Las hojas de los árboles brotaban.

¡Una mujer! Con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente:
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Ví una ara ante mis pies; y detrás de ella,

Mi visión adorada:
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación.... delito!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera
Lanzándome una lánguida mirada,
Cual si sus puertas el infierno abriera
A un alma condenada.

¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,
¡Yo te adoro! Tú eres
Alma de mi existencia. Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta,
Inunda, inunda mi mejilla en lloro:
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

VENTURA DE LA VEGA.



EL OMBÚ

—

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires—patria hermosa—
Tiene su Pampa grandiosa;
La Pampa tiene el ombú.

Esa llanura extendida,
Inmenso piélago verde,
Donde la vista se pierde,
Sin tener donde posar,
Es la Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
Que fecunden sus entrañas;
Pero lagos y espadañas
Inundan toda su faz,
Que dan paja para el rancho,
Para el vestido dan pieles,
Agua dan á los corceles
Y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
Esmalta modestas flores
De aromáticos olores
Y de risueño matiz.—
El bibí, los macachines,
El trébol, la margarita,
Mezclan su aroma exquisita
Sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
Ni hermosas aves en ellos:
Pero sí pájaros bellos,
Hijos de la soledad,
Que, siendo únicos testigos
Del que habita esas regiones,
Adivinan sus pasiones
Y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
Es el cuervo ó el carancho;—
Si la peste amaga el rancho,
Sobre el techo el buho está,—
Y meciéndose en las nubes
Y el desierto dominando,
Las horas está cantando
El vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza á divisar,
El ombú, solemne, aislado,

De gallarda airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

El ombú!—Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó.
Mas su tronco tan nudoso,
Su corteza tan roida,
Bien indican que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raiz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
«Ten cuidado del pampero,
Que es tremendo su huracán.»

Pues en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta á todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techo de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y á su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa
Muchas razas él cobija:

La rastreira lagartija
Hace cuevas á su pie.
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;
Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo,
De rubí, topacio y oro,
De allí sube á Dios el coro
Que le entona al despertar
Esa Pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que á una raza da su nombre
Que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
Que en las llanuras se oculta
Hasta la porción más culta
De la humana sociedad,
Como un linde está la Pampa
Sus dominios dividiendo
Que va el bárbaro cediendo
Palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
De esa tierra donde mora
El salvaje que no adora
Otro Dios que el *Valichú*,
Que en *chamal* y poncho envuelto,
Con los *laques* en la mano,
Va sembrando por el llano
Mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que á los indios venció allí;
Por uno de esos valientes
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque nacieron aquí!

A su sombra melancólica
En una noche serena
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congijas,
Que el ombú de entre sus hojas
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
El señor de aquella tierra,
De su ganado la yerra ;
Presencia alegre tal vez
O tomando el *matecito*

Bajo sus ramos frondosos,
Pone en paz á dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van á salir luego
A correr el avestruz....
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano,
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho á su partido,
Echa penas al olvido
Cuando alcanza á divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que á las nubes se levanta
Como faro de aquel mar.

Lufs L. DOMÍNGUEZ.



FAUSTO

—

IMPRESIONES DEL GAUCHO ANASTASIO EL POLLO

EN LA REPRESENTACIÓN DE ESTA ÓPERA

—

(FRAGMENTOS)

II

—Como á eso de la oración
Aura cuatro ó cinco noches,
Vide una fila de coches
Contra el tiatro de Colón. (1)

La gente en el corredor,
Como hacienda amontonada,
Pujaba desesperada
Por llegar al mostrador.

Allí á juerza de sudar,
Y á punta de hombro y de codo,
Hice, amigaso, de modo
Que al fin me pude arrimar.

Cuando compré mi dentrada
Y dí güelta.... ¡Cristo mío!

(1) A'

Pollo hace la descripción á otro gauchó: Don Laguna.

Estaba pior el gentío
Que una mar alborotada.

Era á causa de una vieja
Que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral
¿A qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá:—por fin, cuñado,
A juerza de arrempujón,
Salí como mancarrón
Que lo sueltan trasijao.

Mis bótas nuevas quedaron
Lo propio que picadillo
Y el fleco del calzoncillo
Hilo á hilo me sacaron.

Y para colmo, cuñado,
De toda esta desventura,
El puñal, de la cintura,
Me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
Para la uña, ha de haber sido.
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.

Medio cansao y tristón
Por la pérdida, dentré,
Y una escalera trepé
Con ciento y un escalón.

Llegué á un alto, finalmente
Ande vá la paisanada,
Que era la última camada
En la estiva de la gente.

Ni bien me había şentao
Rompió de golpe la banda,
Que detrás de una baranda
La habían acomodao.

Y ya también se corrió
Un lienzo grande, de modo,
Que á dentrar con flete y todo
Me aventa, creameló.

Atrás de aquel cortinao,
Un Dotor apareció,
Que asigún oí decir yo,
Era un tal *Fausto*, mentao.

—¿Dotor dice?—Coronel
De la otra banda, amigaso,
Lo conozco á ese criollaso
Porque he servido con él.

—Yo también lo conocí
Pero el pobre ya murió:
¡Bastantes veces montó
Un saino que yo le dí!

Dejeló á él, que está en el cielo,
Que es otro *Fausto* el que digo,

Pues bien puede haber, amigo,
Dos burros del mismo pelo.

—No he visto gaucha más *quiebra*
Para retrucar ¡ahijuna!
—Déjeme hacer, don Laguna,
Dos gárgaras de ginebra.

Pues como le iba diciendo
El Dotor apareció,
Y, en público, se quejó
De que andaba padeciendo.

Dijo que nada podía
Con la cencia que estudió:
Que él á una rubia quería,
Pero que á él la rubia nó.

Que al ñudo la pastoriaba
Dende el nacer de la aurora,
Pues de noche y á toda hora,
Siempre tras de ella lloraba.

Que de mañana á ordeñar
Salía muy currutaca,
Que él le maniaba la vaca,
Pero pare de contar.

Que cansado de sufrir,
Y cansado de llorar,
Al fin se iba á envenenar
Porque eso no era vivir.

El hombre allí renegó
Tiró contra el suelo el gorro,
Y por fin, en su socorro,
Al mesmo Diablo llamó.

¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo á misto
Se apareció *el condenao!*

Hace bien: persinesé,
Que lo mesmito hice yo.
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé porqué.

¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con pluma, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la verija,
Con cada ojo como un charco,
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija.

«Aquí estoy á su mandao,
Cuenta con un servidor.»
Le dijo el Diablo al Dotor,
Que estaba medio asonsao.

«Mi Dotor, no se me asuste
Que yo lo vengo á servir:

Pida lo que ha de pedir
Y ordenemé lo que guste.»

El Dotor medio asustao
Le contestó que se juese....
—Hizo bien, no le parece?
—Dejuramente, cuñao.

Pero el Diablo comenzó
A alegar gastos de viaje,
Y á medio darle coraje
Hasta que lo engatuzó.

—¿No era un Dotor muy projundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
Diez güeltas á medio mundo.

El Diablo volvió á decir:—
«Mi Dotor, no se me asuste,
Ordenemé lo que guste
Pida lo que ha de pedir.»

«Si quiere plata, tendrá;
Mi bolsa siempre está llena,
Y más rico que Anchorena
Con decir *quiero*, será.»

—«No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
Otra cosa quiero yo
Mil veces mejor que el oro.»

—«Yo todo le puedo dar,
Retrucó el Ray del Infierno,
Diga:—¿Quiere ser Gobierno?
Pues no tiene más que hablar.»

—«No quiero plata ni mando
Dijò Don Fausto, yo quiero
El corazón todo entero
De quien me tiene penando.»

• No bien eso el Diablo oyó,
Soltó una risa tan fiera,
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Dió en el suelo una patada
Una paré se partió,
Y el Dotor, fulo, miró
A su prenda ido!atrada.

—¡Canejo!.... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
—No crea que yo le miento,
Lo ha visto media ciudá.

¡Ah Don Laguna! ¡si viera
Qué rubia!.... Creameló:
Creí que estaba viendo yo
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alzaó,
Se apareció la muchacha:

Pelo de oro, como hilacha
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,
Y celeste la pollera.
Don Laguna, si aquello era
Mirar á la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,
Sus dientes, perlas del mar,
Y un clavel al reventar
Era su boca, aparcero.

Ya enderezó como loco
El Dotor cuando la vió,
Pero el Diablo lo atajó
Diciéndole:—«Poco á poco:

«Si quiere, hagamos un ~~trato~~.
Usté su alma me ha de dar
Y en todo lo he de ayudar:
¿Le parece bien el trato?»

Como el Dotor consintió,
El Diablo sacó un papel
Y lo hizo firmar en él
Cuanto la gana le dió.

—¡Dotor, y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñado,
Si se topó ese abogao
Con la orma de su zapato?

Ha de saber que el Dotor
Era dentrao en edá,
Asina es que estaba ya
Bichoco para el amor.

Por eso al dir á entregar
La contrata consabida
Dijo:—¿Habrá alguna bebida
Que me pueda remozar?

Yo no sé qué brujería
Misto, mágica ó polvito
Le echó el Diablo, y... ¡Dios bendito!
¡Quién demonio lo creería!

¿Nunca ha visto usted á un gusano
Volverse una mariposa?
Pues allí la misma cosa
Le pasó al Dotor, paisano.

Canas, gorro y casacón
De pronto se vaporaron,
Y en el Dotor ver dejaron
A un donoso mocetón. X

—¿Qué dice?... ¡barbaridá!...
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
—Mire:—Que me caiga muerto
Si no es la pura verdá.

El Diablo entonces mandó
A la rubia que se juese,

Y que la paré se uniese,
Y la cortina cayó.

A fuerza de tanto hablar
Se me ha seco el garguero:
Pase el frasco, compañero....
—¡Pues no lo he de pasar!

III

—Vea los pingos....
—¡Ah hijitos!
Son dos fletes soberanos.
—¡Cómo si fueran hermanos
Bebiendo el agua juntitos!

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando agatas la puntita
Del sol comienza á asomar

Usté vé venir á esta hora
Roncando la marejada,
Y vé en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en la anca
Y con la vela al solsito,
Se vé cruzar un barquito
Como una palomá blanca.

Otras, usté ve, patente,
Venir boyando un islote,
Y es que traí á un camalote
Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza á hinchar,
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa agatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Caer volando al displayao
Gaviotas, garsas y patos.

Y en las toscas, es divino,
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene á estrellarse
El hombre con su destino.

Y. no sé qué dá el mirar
Cuando barroza y bramando,
Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Parece que el Dios del cielo
Se amostrase retobao,

Al mirar tanto pecao
Como se vé en este suelo.

Y es cosa de bendecir,
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena,
Obligándola á dormir.

Y es muy lindo ver nadando
A flor de agua algún pescao:
Van, como plata, cuñado,
Las escamas relumbrando.

—¡Ah Pollo! Ya comenzó
A meniar taba: ¿y el caso?
—Dice muy bien, amigaso:
Seguiré contándolo.

.

ESTANISLAO DEL CAMPO.

CANTO AL ARTE

I

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto;
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad ¿por qué luchar crüeles
Mientras la humanidad vaga perdida

Náufraga en los océanos de la vida?
¿No hay más allá en el mundo,
Tras la prisión que la mirada abarca,
Y el vuelo del espíritu ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?
¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el Arte
Que creó el sentimiento del poeta
Es un ensueño de la mente inquieta?
La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Trasformación de la materia ciega?
¡Virtud, justicia! ¿Sois también mentira,
Atributo del átomo que gira?
¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?
¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quién llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el Arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende.
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.
Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón, postrada,
Se siente por el vértigo atraída

Hacia el abismo de su propia nada.
Allí principia el arte! allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito
De esferas en esferas, vá buscando.
Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se temple
En las notas sagradas,
Y es la hora del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.
Así bajo el ardiente colorido
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de sūaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
Sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!

Verdad, justicia, ¡aspiración perpétua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotras fuera
Sin el arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?...
La ciencia intenta conocer el cielo,
Y la unidad descubre de las fuerzas;
Pero mira allí mismo el sentimiento,
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!
La razón quiso penetrar al hombre
Y solo halló un cerebro;
Pero el Arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios, allí, donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!
No! no es una ilusión! no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!
La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta
Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
Á las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor: en su alma
Elemental, no existe
De la severa ley la imagen triste.
¿Por qué al hombre no llega

Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
¡No! no es una ilusión: no es un delirio
La santidad del bien! luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
Hay algo más que el átomo y la fuerza,
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio!
Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama.
Lo bello, lo sublime, no es materia!
No es material el ser que lo proclama!
El canto poderoso de Beethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
Todo eso es inmortal, todo es divino
Como es luz trasformada el universo!
¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende
Toda virtud y gloria de la tierra?
¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sobre el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre

Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella,
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la huella.
El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan del infinito á lo creado;
No hay voz que las exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira
Y ajusta á ellos la inspirada lira;
El átomo presente se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza.
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota!
Eso es lo que sentimos
Cuando, en las horas de silencio y calma.
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.
Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía, que vincula
El ser creado á su celeste origen.

V

Quando en la edad primera
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía
Y el dominio del suelo dividía.

De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente,
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.
Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.
Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente
Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba;
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre:—
¡Hay un Dios! exclamó; y aquella hora,
La hora sagrada fué del primer hombre.
Así la humanidad se alzó del polvo
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.
Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada,

Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no vé—que el alma siente.
Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes,
Ella es la fe que al mártir acompaña.
El frío escepticismo
Alza su estéril mano,
Y borrar lo imborrable intenta en vano;
Ante la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos el universo sepultara!
No volverán los días
De aquel ser de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
Vive de la verdad! su alma, tocada
Por el fuego divino,
Presas no puede ser de muerte incierta:
¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
¡Allí su aspiración y su destino!
¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:—
Dios es del Arte la sublime idea:
¡Que su revelación el arte sea!
¡Suprema luz increada,
Artista de los mundos! yo te invoco:—
¡Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

EL DESIERTO

(LA CAUTIVA)

Il s vont. L'espace est grand.

Hugo.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes. El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso á sus pies
Se extiende; triste el semblante,
Solitario y taciturno,
Como el mar, cuando un instante,
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Dó fijar su fozaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guardadas;
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que Él sólo puede sondar.

Á veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; ó su toldería
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme tranquila, reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡Cuánto arcano
Que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento
Dicen más al pensamiento
Que todo cuánto á porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus olas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un ~~toro~~ toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó, las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El Yajá de cuando en cuando
Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,
Con su claroscuro manto
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió:
Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma,
Que contempla suspirando
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoro
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba,
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Que humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto,
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde vá? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía,
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando: --«Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como ántes
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.

TUCUMÁN

(Fragmento del poema «Avellaneda.»)

¿Conocéis esa tierra bendecida
por la fecunda mano del creador,
de cuyo virgen seno sin medida,
fluye, como el aroma de la flor,
la balsámica esencia de la vida?

Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores,
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona régia, donde crece
el camote y la rica chirimoya,
y el naranjero sin cesar florece.

Donde el sacró laurel, ambicionado
galardón del poeta y del soldado,
al rayo desafía entre la nube
á par del cedro que gallardo sube,
y el pacará, que al viajador asombra,
cien jinetes cobija con su sombra.
Donde el zorzal y la calandria, artistas
de ingénua inspiración, en el verano,
cuando reina sin par melancolía
en las selvas, el premio soberano
se disputan del canto y la armonía.

Las casas son verjeles
donde habitó la paz y la abundancia
en tiempos más felices, cuando fieles
á la costumbre y fe de sus mayores,
ó avenidos tal vez con su ignorancia,
vivían sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
la paz huyó ante la civil contienda,
y quedaron el llanto y los pesares,
de las pasiones dolorosa ofrenda.

¡Cómo admirarla lograreis sin verla,
ni por bosquejo alguno conocerla
de pluma ó de pincel! Cuando el invierno,
con el soplo glacial de sus montañas
viene el raudal eterno
de vida á amortiguar en sus entrañas,
una virgen parece adormecida
sobre lecho de rosas,
con las galas de ayer en torno suyo
medio marchitas ya, pero olorosas.

Duerme y no duerme, sueña;
oye soñando el plácido murmullo
del festín y la danza, el alborozo
del expansivo gozo,
y el recuerdo de todo en la sonrisa
de su plácido rostro se diseña,
como si el fresco animador volviera
á respirar de perfumada brisa.

Después la primavera
con su templado sol y sus rumores,
su concierto de pájaros cantores,
á electrizar sus miembros adormidos
llega, y baña en lumbre sus sentidos;
y la virgen despierta
de su sueño fugaz y se levanta,
radiante de alegría y de frescura,
de gracia y de hermosura;
y á engalanar empieza
con corona de mirtos y arrayanes
su espléndida cabeza,
y su seno con ramos de mil flores
de distintos matices y colores,
y á perfumarse con esencias puras,
derramando por montes y llanuras
de su eterna ~~beldad~~ ^{belleza} los resplandores;
hasta que el sol de la estación ardiente
subir hace á su frente
todo el intenso ardor, toda la vida
que entre su seno inmaculado anida,
revistiendo de pompa y de grandeza
su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,
engendra en sus entrañas virginales
cuanto apetece y necesita el hombre
para vivir feliz: en animales,
en frutas y productos tropicales,
en colosal vegetación. En vano
el adusto verano
la quema con su sol; el Aconquija,
que entre las nubes fija
la nevada cerviz, de sus raudales
el tesoro derrama, y la fecunda,
la baña con sus fríos alientos,
y sus campos sedientos
de fresca lluvia y de vigor inunda.

¡Cuán bella entonces es! Al pensamiento
¡cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
sus campiñas y claros horizontes,
y transformar con su inefable hechizo
sus selvas y sus montes
en otro paraíso!

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.



(Fragmento de «El Ángel caído»)

Sentir, amar, mirarte extático de gozo,
tan solo sé, ángel mío, cuando á tu lado estoy:
cautivo permanece mi espíritu del tuyo,
dichoso como nadie cuando te escucho soy.

No sé qué lumbre brota de tu pupila negra,
no sé qué magia tienes para hechizarme así;
no sé porqué á tu vista mi corazón se alegra,
y en sentimiento puro rebosa junto á tí.

Quisiera ser el ángel de los deliquios tiernos
para inspirarte imágenes purísimas de amor,
para alejar de tu alma presentimientos tristes
y hablarte á todas horas de dicha sin dolor.

Quisiera ser el aura nocturna del estío,
para vagar serena en derredor de tí,
y regalarte aromas, y refrescar tu frente
besando con mi aliento tus labios de rubí.

Quisiera ser la lumbre que tu pupila baña,
para tener en ella mi permanente hogar,
quisiera ser el aire vital que tú respiras
para en tu pecho y venas incorporado estar.

Pero ¡ah! no soy el ángel, ni el aura, ni la lumbre,
ni la mundana pompa me pertenece á mí;
mas tengo de ternura raudal inagotable,
tesoro de armonías guardado para tí.

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.

LA PALMA DEL DESIERTO

Palma altiva y solitaria
Que en los bosques te presentas,
Ó en agreste falda ostentas
Tu gigante elevación;
Ese ruido misterioso
Que se escucha en tu ramaje
¿Es acaso tu lenguaje,
Es tu idioma, es tu expresión?

Respondes, quizá, y no entiendo
Tu respuesta, palma bella,
Por más que quisiera en ella
Lo que dices comprender;
Mas yo escucho tu murmullo,
Y que tú me hablas sospecho.
¡Ay! no puedo satisfecho
Tus palabras entender!

De tus abanicos verdes,
Por el céfiro movidos,
Los misteriosos sonidos

Creo que palabras son.
Porque ¿qué es la voz humana,
Si palabras articula,
Sino el aire que modula
El hombre con precisión?

Si él expresa sus palabras,
Ideas y pensamientos,
Quién sabe si tus acentos
Ideas no son también?
Ideas que tú á tu modo
Expresas en tu lenguaje,
Modulando en tu ramaje
El aire con tu vaivén?

Pero sea lo que fuere,
Bástame á mí para amarte,
Tan gallarda contemplarte ,
Tan altiva y tan gentil;
Mas, sabiendo que á las naves
Do truena el bronce horadado,
Jamás una tabla has dado
Ni á una lanza duro astil.

Por tí ningún pueblo llora
Los males de la conquista;
Ninguno se halla en la lista
De los esclavos por tí.
Al contrario al hombre enseñas
Que el primer bien de la vida,
Es buscar una querida
Cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
De flores el campo inunda,
Tu cáliz no se fecunda
Si compañera no ves;
Pero si otra copa erguirse
Divisas á la distancia,
Racimos en abundancia
Se desgajan á tus pies.

Alzarse graciosa he visto
Más que el pino tu cabeza,
Y ostentar tu gentileza
A orillas del Paraná.
He visto al añoso cedro
Dominar la selva ufano,
Y me ha parecido enano
Siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
En tu copa hacen su nido,
Jamás al pichón querido
Tu altura le ha sido infiel;
Cuando sin alas implume
No puede arrojarse al viento,
Entre tus ramas contento
No teme un asalto cruel.

¡Ah! si en ardorosa siesta
Me das tu sombra propicia,
Y el cefirillo acaricia
Tu verde copa al pasar;
Cuán dulce, cuán delicioso

Es quedarme aquí dormido,
Al son del blando gemido
Que repites sin cesar.

En tí la imagen admiro
Del ángel que es mi tesoro;
De la bella que yo adoro
Tú me das la copia fiel.
En ese tallo gallardo
Con que se engalana el valle,
De su delicado talle
La redondez veo en él.

La fragancia de tus flores
El aroma es de su aliento,
Que al acercarme á ella siento
Perfumar su alrededor;
Y embriagado al aspirarlo
Es tan dulce su incentivo,
Que si entonces sé que vivo
Es porque muero de amor.

Cada ramo de tu copa
Que sombrea al tronco bello,
Un rizo es de su cabello
Que el cuello viene á sombrear.
Y los racimos do escondes,
Linda palma, tu simiente,
El blanco pecho turgente
Me parecen diseñar.

Ojalá que un siglo entero
Te mire verde y frondosa,

Ojalá que majestuosa
Tu tronco eleves galán;
Sin que roedor gusano
Haga de horadarlo ensayo;
Sin que lo consuma el rayo
Ni lo quiebre el huracán.

Otra fortuna no envidio
Que descansar á tu sombra,
Bajo la olorosa alfombra
De trébol que hay á tu pie;
No importa que sepultura,
En la bella patria mía,
Me niegue la tiranía,
Con tal que á tu sombra esté.

JUAN G. GODOY.

A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
Mi tostado alazán; ¿quién me volviera
Tu fiel y generosa compañía
Y tu mirada inteligente y fiera?

¿Has llorado por mí? Cuando otra mano
Limpia el polvo á la crin de tus melenas,
Recibes las caricias siempre ufano,
Adviertes, alazán, que son ajenas?

Tu pobre dueño errante, vagabundo,
Tan solo de recuerdos ha vivido,
Y en todos los caminos de este mundo
La imagen de la patria le ha seguido.

Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
Es el aliento de la vida humana,
La constante visión de la memoria,
El sueño de la noche y la mañana.

Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
La nativa llanura abandonaste,
Y el lago cristalino y azulado
En el rico pesebre recordaste.

¡Es tan hermoso el cielo! ¡son tan bellos
Los astros que en el Plata se reflejan!
¡Con renegridos ojos y cabellos
Esclavo el corazón sus hijas dejan!

Crece allí las flores y las mieses
Sin el cansancio de la frente humana,
Y señala el camino de los meses
Fruto sabroso que perfume emana....

¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
Cuando llegando á la ventana mía,
Hallaste mi cabeza indagadora
Ante el libro doblada que mentía?

Ya del Oriente el resplandor velaba
Del lucero de amor la mustia lumbre,

Y la aromada brisa que reinaba,
El pecho me llenó de mansedumbre.

Un no sé qué sentí; como incompleto
Mi ser me pareció; tendí los brazos,
Y solo sombras y silencio quieto
Halló mi corazón hecho pedazos.

Era el amor, la luz de la existencia,
Que en mi inocente corazón nacía,
Y á mi joven, incauta inexperiencia,
Placeres y deleites prometía.

¡Placer.... deleite! espinas y dolores
Solo encontré cuando clavé los ojos
En los de una mujer, tan seductores,
Que alfombra hizo á su pie de mis despojos.

¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
La vez primera que el amor sentimos,
Cuando está el corazón en primavera
Y al sol de las pasiones nos abrimos.

La idolatré, y hasta la estampa leve
Besé de sus pisadas vagarosas
Sobre la hierba de la senda breve
Formada de jazmines y de rosas,

Y en el arena de mi patrio río
Cuando Ella entre las bellas argentinas,
En las auroras dulces del estío
Se bañaba en las ondas cristalinas.

Tú, mi alazán, amigo fiel ausente,
Más de una vez has inundado el seno
De otro alazán fogoso y diligente,
Con la argentada espuma de tu freno.

Tus huellas á las tuyas confundidas
Se vieron muchas veces en la arena,
Cuando en voces del alma desprendidas
Conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
Por mi amada en los campos preferido,
Y el paso redoblabas placentero
De mi impaciente látigo al chasquido.

Más de una vez, desde tu inquieta espalda,
De flores despoblé la enredadera,
Para adornar su sien de una guirnalda
Que jugase en su negra cabellera.

Tú, entre las calles de mi patria hallabas,
Puesto ya el sol, su calle y su ventana,
É inclinando la frente, te parabas
Ante la que era el sol de mi mañana.

¡Todo pasó! del pobre desterrado
En el variable pecho de la bella,
No hay ni un recuerdo del amor pasado,
Ni en sus paternos campos una huella.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

AMOR DEL DESIERTO

«Pende de lenho á lenho a rede extensa:

Allí descanço toma o corpo laço:

Allí se esconde a marital licença...»

(*Caramurú*—Canto II, octava LXI).

Entre troncos de palmeras,
Como nido de torcazas,
De dos hijos del desierto
Suspendida está la hamaca:
Y á compás de los vaivenes,
Y á los soplos de las auras,
Como tórtolas que arrullan
Sus amores dulces cantan:

«En la laguna,
La leve espuma
De la onda azul,
No es tan liviana,
No es tan gallarda
Como eres tú.

«El agua hirviente
De los torrentes
Del Paraná,
No pasma tanto
Como en el llano
Tu marcha audaz.

«Como la concha

Rosada y roja
Que hay en la mar,
Así es tu boca
Cuando rebosa
De risa y paz.

«Como las pomas

Llenas de aroma,
Llenas de miel,
Tal es tu labio
Si en dulce halago
Toca mi tez.

«Como la yerba

De la pradera
Y el arrayan,
Así son blandos
Los tiernos brazos
De mi beldad.

«Cual muelle alfombra

Bajo las sombras
De árbol en flor,
Así es á mi alma,
La sombra gratá
De mi señor.»

Como tórtolas que arrullan,
Sus amores así cantan,
Y á la par de las canciones
Ondulando vá el hamaca:

Y al cansancio del deleite,
Y á las sombras que se avanzan,
Adurmiendo van los ojos
Sin temores ni esperanzas.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

1845.

EL POETA Y EL SOLDADO

POETA

Soy el alma divina
Que alienta el corazón de las naciones;
El astro que sus glorias ilumina!
Soy la canción primera
Que hace flamear al viento su bandera
Y levanta á su sombra sus legiones!

Soy la eterna esperanza
Que en la frente del hombre reverbera,
Y á cuya luz la humanidad alcanza,
Desde su cárcel de fatiga y duelo,
A vislumbrar el rastro
Que deja de astro en astro
El Creador de los Orbes en el cielo!

Soy el arrullo de la fe sublime
Que en el idioma de los cielos canta
Al alma de los mártires, que gime
En la encendida hoguera,

Y al corazón del Cristo que redime
Desde su cruz la humanidad entera
Y á su origen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora
La bóveda estrellada de la tierra;
Soy el rubor de la inmortal aurora
 Que abrillanta y que dora
Cuanto en la vida la ilusión encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes
Que la sublime libertad inspira,
Y al arrancar la estrofa de mi lira
Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía
La desolada humanidad despeja
 Su doloroso ceño:
Yo acompaño en mis cánticos su queja,
 Yo arrullo su agonía,
Yo la cierro los ojos y la enseño
 Del sepulcro á la puerta,
 Que la muerte es un sueño
Que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo
Templa de Dios la mente soberana,
Para que cante á la creación humana:
 ¡Mortal, álzate al cielo!

SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late
 De la Patria en las venas;

Mi pecho es su muralla de combate!

Yo desnudo la espada

Por su gloria sagrada

Y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo

Que aplasta la conquista en su sendero

Y estrella el cráneo del Leon Ibero

En la nevada sien del Chimborazo!

Yo soy la carne de cañón que alfombra

Sangrienta y palpitante,

Rota y hecha girones,

El camino triunfante

Que conduce á la gloria sus legiones!

Yo soy la abnegación desconocida

Y la pena ignorada,

Soy la sangre vertida

Con todo el sacrificio de la vida,

Y sin otra ambición en su carrera

Que un girón de bandera

Que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño,

Del dulce hogar el apacible encanto,

Las caricias angélicas del niño

Y de la madre el llanto,

Todo lo que encadena

Á la tierra y al cielo

Lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,

Y con frente serena

Marcho al sublime horror de la batalla!...
 Cuando el lamento de la Patria suena,
 Hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,
 Yo marco con mi espada su destino,
 Yo mismo hago su historia
 Regando con mi sangre su camino!

Para que el eco de su nombre vibre
 Y cruce su estandarte el mundo entero,
 La hago inmortal, y muero
 Como un soldado libre!

.....
 ¿Cuál es la brecha en que tu lira amante
 Batalla por la fe que tanto anhela?....

POETA

El destierro del Dante,
 La tumba de Varela;
 El tajo de la infame guillotina
 Que hace rodar la frente iluminada
 Y los dos brazos de la cruz divina
 En la cumbre del Gólgota clavada!

Esas es la brecha que el deber me fija;
 La paz universal es mi bandera;
 Á su gigante sombra se cobija
 La humanidad entera!
 Mis armas no son armas de la muerte,

Son la fraternidad y la esperanza:
 El grito del cañón no es el más fuerte:
 Donde él no llega, la razón alcanza!

Allá en el porvenir reluce un día
 Sin hierros, sin banderas, sin cañones:
 Esa es la patria tuya!—Esa es la mía!
 ¡La Patria universal de las Naciones!

SOLDADO

La cuna del futuro es el presente
 Y la paz es el fruto de la guerra!
 Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?....
 No! Yo he caído en la primer jornada,
 Al pie de mi bandera idolatrada
 Y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar en la lejana historia
 De la pasada gloria,
 En la epopeya de supremo duelo
 Que el poeta divino
 Cantará á las batallas del camino
 Que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

—Esa es la gloria mia?

POETA

—Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, adiós! Tú eres mi hermano!

POETA

Adiós!... jamás!... Marchemos de la mano:
Tú eres el corazón, yo soy el alma!

RICARDO GUTIÉRREZ.

 LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama
El universo que en la tarde gime,
 Y alza al Creador sublime
La oración que en tu labio se derrama:
Siente la estrofa que la mar murmura,
Contempla el sol que su corona humilla,
 Oh mortal criatura,
Y dobla sobre el polvo la rodilla!

 Madre Naturaleza,
Cómo se templa enternecida el alma
En tu hora de calma,
Al eco universal de tu tristeza!
 Cómo en el hondo anhelo
Que el inmortal espíritu remueve,
En tu misterio la esperanza bebe
La majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
Todo en el alma universal se anida,
Y la creación en éxtasis caída,
Como arpa eolea su plegaria canta!

Rueda la mar sus gigantescas olas
Con manso y perezoso movimiento
Hasta el desierto de las playas solas
 Donde dormita el viento:
El último crepúsculo que baña
Con el color de fúnebre desmayo
La inmensidad del infinito ambiente,
Apaga el tornasol de la montaña
 Que levanta la frente
Para mirar el rayo, último rayo,
Del sol que se derrumba al occidente!

 El desierto sereno
Tiembla al paso del bruto, que se abriga
 Entre la selva amiga,
De extraño afán y mansedumbre lleno:
 El bosque bullicioso
Repliega en el silencio su follaje
 Sobre el ave salvaje
 Y el pájaro medroso;
Y como un alma tímida y errante
La sombra sale que en la selva espía
El último crepúsculo del día
Para tender su ala vacilante.

Soledad, soledad! Sobre tu mundo
Cruza veloz la brisa pasajera,

Leve como el aliento estremecido
Que arranca el estertor al moribundo:
Parece que dijera
«¡Silencio!» á la creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
Abre como las flores el lucero,
Y allá, sobre su límpida mirada,
En el zenit del orbe,
Vaga armonía suena
Que el espíritu absorbe
Y con sublime adoración le llena.

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el infierno de tu duelo,
Oh criatura humana,
Y oye ese canto que te llama al cielo!

Oh tarde majestuosa,
Cómo muestras á Dios en tu grandeza,
Cómo brota la vida misteriosa
Bajo tu aliento de inmortal tristeza!

En el eco lejano
Habla una voz que al corazón halaga
Como la voz del padre y del hermano,
Y en el suspiro de la brisa vaga
Que entre el cabello de la frente anida

Su secreto murmullo,
Oh! de la madre el cariñoso arrullo
Parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
El salvaje alarido del torrente
Que cuelga en la pendiente

Y al antro pavoroso se derrumba:
Brama y se precipita,
Su golpe tiembla en el abismo hueco,
Y horrorizado el eco
Se asoma á las vorágines y grita.

La hoja que se mueve
Hace temblar el corazón con ella;
Parece el rumor leve
De una sombra evocada,
Y en la luz temblorosa de la estrella
Hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
Y la piedad invoca
Bajo el pie cauteloso que la oprime:
Hay una rama que al pasar nos toca,
Una tímida rama:
Hay una flor que se abre con delicia
Y su lluvia de pétalos derrama
Bajo el ojo mortal que la acaricia:
En las quimeras de la errante sombra
Se borra y se diseña
Una pálida mano que hace seña
Y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
La soledad como un fantasma mira,
Y resucita y se estremece y gira
La vida de lo muerto!

Oh mortal criatura!
¿No siente á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida

Aspira á Él tu alma con tristeza;
Es que la majestad de la grandeza
El corazón inunda de ternura!

Oh tarde, tarde bella
Que vuelcas sobre el mundo el firmamento
En el fulgor de tu primer estrella,
Tú me templas el alma solitaria:
Siento en tu seno una armonía, siento
 Como un ángel que llora!...
 Oh Dios! es la plegaria
Con que en la tarde la Creación te adora!

RICARDO GUTIÉRREZ.

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado,
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía,
Y el arte prostituido blasfemaba,
Y en el estruendo de perpétua orgía
La miserable humanidad rodaba,...
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella, al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
 Alzó la frente al cielo,
Y cayó de rodillas en la tierra!

Así la humanidad fué redimida,
Así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
Así, desde el espanto de la muerte,
Á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo.

Solo la Cruz alcanza;
Ella es la tabla en que salvó el abismo,
Desde la tierra al cielo la esperanza!

Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del alma se transforma;

La stirpe humana misma
Girando en el perpétuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose á Dios cambia de forma,

La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad, en vano,
Sin encontrar siquiera

La ley que rige la materia inerte
Y enciende el pensamiento soberano
Que en la frente del hombre reverbera.
Como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con que la España deslumbró la historia,
Al pisar en la América ignorada?...

Lo que fué de la estela
Que en las olas del mar dejó el sendero-
De la audaz carabela
Que guió de Colón la fe cristiana!...
Solo quedó la Cruz del Misionero,
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
 Lo vé la mente que la ciencia absorbe,
 Lo escucha el alma en su esperanza tierna.
 Todo pasa en el mundo,
 Todo cambia en los ámbitos del orbe:
 La Cruz solo es eterna!

.....

Hombre mortal, que brillas
 En la aureola de Dios como una estrella,
 Yo soy el *Frailé*, que en tu burla humillas,
 Yo levanto la Cruz...yo muero ~~en~~ ella!..
 Yo soy su misionero,
 Yo soy su combatiente solitario;
 Todas las sendas sobre el mundo entero
 Son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
 De la familia humana,
 El hogar de la paz y la alegría
 Se cierra para siempre al alma mía
 Que ata el lazo bendito
 Que el Padre al hijo ligará mañana!

En la cuna inocente,
 Donde tú ensayas tu primer respiro,
 Pongo el sello de Dios sobre tu frente;
 Y en el lecho doliente
 Donde exhalas el último suspiro
 De la vida precaria,
 Yo aliento tu partida,
 Te enseño el rumbo de la eterna vida,
 Y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo á la brecha del combate,
Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla,
Que ocultan á los cielos tus despojos,
Te hago besar la Cruz en la batalla
Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste,
Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste,
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina
La Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;
La Cruz, donde repite el niño tierno,
La oración de la madre y de la esposa!
La Cruz que en el regazo
De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y á la sombra de Atila se lanzaron,
Y la espantada Europa sorprendieron
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
El *Fraile* moribundo,
Hasta en las Catacumbas perseguido,

Salvó, en las Catacumbas escondido,
El progreso del mundo.
La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Que fué en un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
Qué fué tu Patria entera,
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi Cruz ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha
Al pensamiento humano!
Y sobre el rastro de la sangre mía,
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada,
Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?...
El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohaha,
Y el mendrugo de pan con que la tierra,
Alimentó mi paso en mi jornada!

Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, solo un lamento
Viene á llorar bajo la noche umbría...
El gemido del viento!
Caigo bajo la Cruz, con que combato
Por la gloria del hombre eternamente:
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
Escúpeme en la frente!

RICARDO GUTIÉRREZ.

Á MI HIJA MARIA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija. Placidez, candor,
Luz en la noche acerba del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es armonía. Todo en ella
Modestia, gentileza, suavidad;
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón, la tez;
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smirna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca ganada, y es su andar

Gracioso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamaránla su hermana;
La clara fuente, ninfa; el campo, flor.
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva salvaje el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
Ó la profunda inmensidad del mar.

Á su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva
Remontando á la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión,
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina á recibirme avanza,
La imagino, en su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis cabellos ya blancos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofia!....
¿Por qué tan sola te dejé partir?...

La que mimara infante, es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, incienso de la altura,
En mi zozobra oriente y luminar...

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáronme los pies:
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, ven, que el templo está derruido;
Sus columnas tumbara el vendabal;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos, en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;
La campiña á tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aún hay murmullos en la agreste vid,

Yo el pámpano incoloro, tú el racimo;
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada,
¡Dios te conduzca al suspirado edén!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

NENIA

En idioma guaraní,
Una joven paraguaya
Tiernas endechas ensaya
Cantando en el arpa así,
En idioma guaraní:

«—¡Llora, llora ûrutaú (1)
En las ramas del yatay. (2)
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú,
Llora, llorá ûrutaú!

«En el dulce Lambaré
Feliz era en mi cabaña;

(1) *Urutaú*, ave de dulcísimo canto.

(2) *Yatay*, palmera.

Vino la guerra, y su saña
No ha dejado nada en pie
En el dulce Lambaré.

«Padre, madre, hermanos ¡ay!
Todo en el mundo he perdido;
En mi corazón partido
Solo amargas penas hay;
Padre, madre, hermanos ¡ay!

«De un verde ùbirapítá,
Mi novio, que combatió
Como un héroe en el Timbó,
Al pie sepultado está
De un verde ùbirapítá!

«Rasgado el blanco tipoy (1)
Tengo en señal de mi duelo,
Y en aquel sagrado suelo
De rodillas siempre estoy,
Rasgado el blanco tipoy.

«Lo mataron los cambá (2)
No pudiéndolo rendir;
Él fué el último en salir
De Curuçú y Humaitá;
¡Lo mataron los cambá!

(1) *Tipoy*: saya blanca que usan los paraguayos.

(2) *Cambá*: los negros.

«¿Por qué, cielos, no morí
 Cuando me estrechó triunfante
 Entre sus brazos mi amante
 Después de Curupaití?
 ¿Por qué, cielos, no morí?

«¡Llora, llora, ûrutaú,
 En las ramas del yatay;
 Ya no existe el Paraguay
 Donde nací como tú;
 Llora, llora, ûrutaú!»

CARLOS GUIDO Y SPANO.

AL PASAR

Abbeville (Francia).

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
 A la trémula sombra de un almez,
 Hermosa como Ruth la moabita,
 Recuerdo que la ví la última vez.

Vestía el traje villanesco, saya
 Corta, listada, un delantal
 Festoneado con cintas, de anafaya,
 Y una toca plegada de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
 Si pude conocerla ¡cuán gentil!

Más fresca que las néveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenia la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz era de un timbre
Mas süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hácia atrás y dar conmigo
No atinó á recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

«—Cómo! sois vos? me dijo conmovida,
«¡Vos aquí en la comarca!... ¿la salud
«Sentís de nuevo acaso enflaquecida,
«Y en procura volveis de aire y quietud?»

«—Nó, Blanca, á otro país voy de camino;
«No cual en otro tiempo vuelvo aquí,
«Enfermo y fatigado peregrino
«En busca de la calma que perdí.

«Y bien lo siento á fe... ¡ah quién me diera
 «Habitar otra vez el romeral,
 «Perderme entre la viña en la pradera,
 «Beber el agua virgen del raudal!» ·

No era ese el deseo caprichoso
 Del que aspira á una efímera merced;
 De olvido, de silencio, de reposo,
 Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego á la aldeana bella
 Por su padre, que un día me acogió
 Bajo su techo hospitalario, y ella
 Contestó suspirando — « Ya murió!»

«—¡Murió! ¿cuando murió?»—«Cumplirá un año
 «Lo que empiecen las uvas á pintar;
 «Dios alejó al pastor de su rebaño,
 «¡Ah! si vierais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba á aquel hombre franco, honrado,
 De corazón ingenuo, sin doblez,
 Allá en su juventud bravo soldado,
 Vaquero y labrador en su vejez.

«—¿De qué murió?» la dije.—«Estaba fuerte
 «Como el tronco que veis de ese abenuz;
 «Un día entre la mies le halló la muerte
 «Allí donde se alza aquella cruz!»

«—¿Y os dejó alguna hacienda?»—«Lo bastante
 «Para vivir, la casa, y mas aquel

«Molino que se vé blanquear distante,
«Los bueyes, el sembrado y el verjel.»

«—¡Pobre! y tu madre?»—«Llora el día entero;
«Si quereis verla os llevaré, venid,
«Está allá abajo al canto del otero
«Á la sombra tejiendo de la vid.»

«—Es tarde ya» la contesté, «y aun queda
«Lejos la aldea adonde voy: á más
«Temo afigirla; el cielo la conceda
«El consuelo á sus penas, la dirás.»

«—Mas al menos», repuso, los colores
Animándola el rostro, «acceptareis
«Del jardín de mi padre algunas flores
«Plantadas por su mano ¿os negareis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguila pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

*
* *

Al punto en que á estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba á los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán

Á esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayan.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me le dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo á la margen me llevó.

Y Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

«—Quisiera ir á donde vais, quisiera
«Conocer otras tierras», exclamó—
«Vino aquí vez pasada una extranjera,
«¡Oh, cuántas maravillas me contó!»

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

«—Blanca,» la dije al levantarme—«habita
«Aquí la paz, consérvate fiel
«Al hogar de tus padres, y bendita
«Corra tu vida y venturoso en él.»

«—¿No volveréis?»—«¡Quien sabe! voy muy lejos.
«¡Adiós! cuida á tu madre, que el amor
«De los hijos la savia es de los viejos,
«De la vida que muere último albor.»

Á tomar mi caballo juntos fuimos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otrá vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrás.... estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen que jamás podré olvidar,
Se mezclan á esas vagas armonías
Que la vida acaricián al pasar!

CARLOS GUIDO Y SPANO.

RELACIÓN

QUE HACE EL GAUCHO RAMÓN CONTRERAS Á JACINTO CHANO, DE TODO LO QUE VIÓ EN LAS FIESTAS MAYAS, EN BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1822.

— — —
CHANO

¡Con que, mi amigo Contreras,
Qué hace en el ruano gordazo!
Pues desde antes de marchar
No lo veo por el pago.

CONTRERAS

Tiempo hace que le ofrecí
El venir á visitarlo,
Y lo que se ofrece es deuda:
¡Pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarrón
Se me venía aplastando.
¿Y usted no fué á la ciudad
Á ver las fiestas este año?

CHANO

No me lo recuerde, amigo,
Si supiera ¡voto al diablo!
Lo que me pasa ¡por Cristo!

Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
A comprarme unos caballos:
Le pedí á dieciocho reales,
Le pareció de su agrado,
Y ya no se habló palabra,
Y ya el ajuste cerramos;
Por señas, que el trato se hizo
Con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra
Y con el aguardientaso
Se echó atrás de su palabra,
Y deshacer quiso el trato.
Me dió tal coraje, amigo,
Que me aseguré de un palo,
Y en cuanto lo descuidé,
Sin que pudiera estorbarlo,
Le acudí con toda fresca:
Sintió el golpe, se hizo gato,
Se enderezó y ya se vino
El alfajor relumbrando:
Yo quise meterle el poncho;
Pero, amigo, quiso el diablo
Tropezase en una taba,
Y luego mi contrario
Se me durmió en una pierna
Que me dejó coloreando.
En esto llegó la gente
Del puesto, y nos apartaron:
Se fué y me quedé caliente
Sintiendo no tanto el tajo
Como el haberme impedido

Ver las funciones de Mayo:
De ese día por el cual
Me arrimaron un balazo,
Y pelearé hasta que quede
En el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras,
Cuénteme lo que ha pasado.

CONTRERAS

¡Ah fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
Funciones más mandadoras,
Y mire que no lo engaño.
El veinticuatro á la noche,
Como es costumbre, empezaron.
Yo ví unas grandes columnas
En coronas rematando,
Y ramos llenos de flores
Puestos á modo de lazos.
Las luces como aguacero
Colgadas entre los arcos,
El Cabildo, la pirami,
La recoba y otros lados,
Y luego la versería;
¡Ah cosa linda! un paisano
Me los estuvo leyendo.
Pero ¡ah poeta cristiano,
Qué décimas y qué trovas!
Y todo siempre tirando
Á favor de nuestro aquel.
Luego había en un tablado

Musiquería con fuerza,
Y bailando unos muchachos
Con arcos y muy compuestos
Vestidos de azul y blanco;
Y al acabar, el más chico
Una relación echando
Me dejó medio.... quién sabe.
¡Ah, muchachito liviano,
Por Cristo que le habló lindo
Al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos
Y cierto que me quemaron
Porque me puse cerquita,
Y de golpe me largaron
Unas cuantas escupidas
Que el poncho me lo cribaron.
Á las ocho de tropel
Para la Merced tiraron
Las gentes á las comedias;
Yo estaba medio cansado
Y enderecé á lo de Roque;
Dormí, y al cantar los gallos
Ya me vestí; calenté agua,
Estuve cimarroneando
Y luego para la plaza
Cojí y me vine despacio:
Llegué ¡bien haiga el humor!
Llenitos todos los bancos
De pura mujerería;
Y no, amigo, cualquier trapo,
Sino mozas como azúcar,
Hombres, eso era un milagro;

Y al punto en varias tropillas
Se vinieron acercando
Los escueleros mayores
Cada uno con sus muchachos,
Con banderas de la patria
Ocupando un trecho largo:
Llegaron á la pirami
Y al dir el sol coloreando,
Y asomando una puntita....
Bratacan los cañonazos,
La gritería, el tropel,
Música por todos lados,
Banderas, danzas, funciones,
Los escuelistas cantando;
Y después salió uno solo
Que tendría doce años,
Nos echó una relacion.....
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que á muchos patriotas
Las lágrimas les saltaron.
Más tarde la soldadesca
Á la plaza fué dentrando
Y desde el fuerte á la iglesia
Todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno á las once
Con escolta de á caballo,
Con jefes y comandantes
Y otros muchos convidados,
Doctores, escribinistas,
Las justicias á otro lado,
Detrás la oficialería
Los latones culebreando.

La soldadesca hizo cancha
Y todos fueron pasando
Hasta llegar á la iglesia.
Yo estaba medio delgado
Y enderecé á un bodegón:
Comí con Antonio el manco,
Y á la tarde me dijeron
Que había sortija en el Bajo;
Me fuí de un hilo al paraje,
Y cierto no me engañaron.
En medio de la alameda
Había un arco muy pintado,
Con colores de la patria;
Gente, amigo, como pasto,
Y una mozada lucida
En caballos aperados
Con pretales ó coscojas,
Pero pingos tan livianos
Que á la más chica pregunta
No los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
Tendido como lagarto,
Y...zas...ya ensartó...ya no...
¡Oiganle que pegó en falso!
¡Qué risa y qué boracear!
Hasta que un mocito amargo
Le aflojó todo al rocín
Y ¡bien haiga el ojo claro!
Se vino al humo, llegó,
Y la sortija ensartando,
Le dió una sentada al pingo
Y todos ¡viva! gritaron.

Vine á la plaza; las danzas
Seguían en el tablado;
Y ví subir á un inglés
En un palo jabonado
Tan alto como un ombú,
Y allá en la punta colgando
Una chuspa con pesetas,
Una muestra y otros varios
Premios para el que llegase.
El inglés era baqueano:
Se le prendió al palo viejo,
Y moviendo piés y manos
Al galope llegó arriba,
Y al grito ya le echó mano
A la chuspa y se largó
De un pataplus hasta abajo:
De allí á otro rato volvió
Y se trepó en otro palo
Y tambien sacó una muestra,
¡Bien haiga el bisteque diablo!
Despues se treparon otros
Y algunos también llegaron.
Pero lo que me dió risa
Fueron, amigo, otros palos
Que había-on unas guascas
Para montar los muchachos,
Por nombre rompe-cabezas;
Y en frente, en el otro lado,
Un premio para el que fuese
Hecho rana hasta toparlo;
Pero era tan belicoso
Aquel potro, amigo Chano,

Que muchacho que montaba,
Contra el suelo... y ya trepando
Estaba otro... y zás, al suelo;
Hasta que vino un muchacho
Y sin respirar siquiera
Se fue el pobre resbalando
Por la guasca, llegó al fin
Y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
Y me tenté, mire el diablo!
Con poncho y todo trepé,
Y en cuanto me lo largaron
Al infierno me tiró,
Y sin poder remediarlo
(Perdonando el mal estilo)
Me pegué tan gran culazo,
Que si allí tengo narices
Quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas
Y los bailes continuaron,
La cuetería y los fuegos.
Después todos se marcharon
Otra vez á las comedias.
Yo quise verlas un rato
Y me metí en el montón,
Y tanto me rempujaron
Que me encontré en un galpón,
Todo muy iluminado,
Con casitas de madera
Y en el medio muchos bancos.
No salían las comedias
Y yo ya estaba sudando

Cuando, amigo, de repente
Árdese un maldito vaso
Que tenía luces dentro,
Y la llama subió tanto
Que pegó fuego en el techo:
Alborotóse el cotarro,
Y yo que estaba cerquita
De la puerta, pegué un salto
Y ya no quise volver.
Después me anduve paseando
Por los cuarteles, que había
También muy bonitos arcos
Y versos que daba miedo.

Llegó el veintiseis de Mayo
Y siguieron las funciones
Como habían empezado.
El veintisiete lo mismo:
Un gentío temerario
Vino á la plaza: las danzas,
Los hombres subiendo al palo,
Y allá en el rompe-cabezas
Á porfía los muchachos,
Luego con muchas banderas
Otros niños se acercaron
Con una imagen muy linda
Y un tamborcito tocando:
Pregunté que virgen era:
La Fama, me contestaron.
Al tablado la subieron
Y allí estuvieron un rato,
Á donde uno de los niños
Los estuvo proclamando

Á todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
Ver al muchacho caliente
Y más prosista que el diablo.
Despues hubo volantines,
Y un inglés todo pintado,
En un caballo al galope
Iba dando muchos saltos.
Entretanto la sortija
La jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea
Otros también me contaron
Que había habido otros lindos.
Yo estaba ya tan cansado
Que así que dieron las ocho
Corté para lo de Alfaro,
Donde estaban los amigos
En beberaje y fandango!
Eché un cielito en batalla,
Y me resbalé hasta un cuarto
Donde encontré á unos calandrias
Calientes jugando al paro,
Yo llevaba unos realitos,
Y así que echaron el cuatro
Se los planté, perdí en boca,
Y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché,
Y me le fuí acomodando,
Me tapé con este poncho
Y allí me quedé roncando.
 Esto es, amigo del alma,
Lo que he visto y ha pasado.

CHANO

Ni oirlo quisiera, amigo.
 Cómo ha de ser! Padezcamos!
 Á bien que el año que viene
 Si vivo iré á acompañarlo,
 Y la correremos juntos.

.....

Contreras lió su recado
 Y estuvo allí todo un día;
 Y al otro ensilló su ruano,
 Y se volvió á su querencia
 Despidiéndose de Chano.

BARTOLOMÉ HIDALGO



CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO

A SUS HIJOS

Un padre que dá consejos
 Mas que padre es un amigo,
 Así como tal les digo
 Que vivan con precaución—
 Naidessabe en que rincón
 Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
 Que una vida desgraciada—
 No extrañen si en la jugada

Alguna vez me equivoco—
Pues debe saber muy poco
Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Mas, digo sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

No aprovechan los trabajos
Si no han de enseñarnos nada—
El hombre, de una mirada
Todo ha de verlo al momento—
El primer conocimiento
Es conocer cuando enfada.

Su esperanza no la cifren
Nunca en corazón alguno—
En el mayor infortunio
Pongan su confianza en Dios—
De los hombres, solo en uno,
Con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
Como tienen los terrenos,
Se encuentran en los más buenos,
Y es justo que le prevenga;—
Aquel que defetos tenga,
Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él—
Siempre el amigo más fiel
Es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
Es bueno que á uno lo asalten--
Ansi no se sobresalten
Por los bienes que perezcan—
Al rico nunca le ofrezcan
Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre Pampas
El que respeta á la gente—
El hombre ha de ser prudente
Para librarse de enojos—
Cauteloso entre los flojos,
Moderado entre valientes.

El trabajar es la ley
Porque es preciso adquirir—
No se expongan á sufrir
Una triste situación—
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria en su afán
Da en perseguir de mil modos—

Llama en la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen
Porque naide se acobarda—
Poco en conocerlo tarda
Quien amenaza imprudente—
Que hay un peligro presente
Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,—
Por experiencia lo afirmo,
Mas que el sable y que la lanza—
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo.

Nace el hombre con la astucia
Que ha de servirle de guía,
Sin ella sucumbiría,
Pero según mi experiencia—
Se vuelve en unos prudencia
Y en los otros picardía.

Aprovecha la ocasión
El hombre que es diligente,—
Y tenganlo bien presente,
Si al compararla no yerro—
La ocasión es como el fierro:
Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
Que á veces las vuelve á hallar—

Pero les debo enseñar,
Y es bueno que lo recuerden,—
Si la vergüenza se pierde
Jamás se vuelve á encontrar.

Los hermanos sean unidos,
Porque esa es la ley primera,—
Tengan unión verdadera
En cualquier tiempo que sea—
Pues si entre ellos se pelean
Los devoran los de ajuera.

Respeten á los ancianos,
El burlarlos no es hazaña—
Si andan entre gente extraña
Deben ser muy precavidos—
Pues por igual es tenido
Quien con malos se acompaña.

La cigüeña cuando es vieja,
Pierde la vista,—y procuran
Cuidarla en su edá madura
Todas sus hijas pequeñas—
Apriendan de las cigüeñas
Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
Aunque la echen en olvido,
Vivan siempre prevenidos;
Pues ciertamente sucede
Que hablará muy mal de ustedes
Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
Nunca tiene suerte blanda—
Mas con su soberbia agranda
El rigor en que padece—
Obedezca el que obedece
Y será bueno el que manda.

Procuren de no perder
Ni el tiempo ni la vergüenza—
Como todo hombre que piensa
Procedan siempre con juicio—
Y sepan que ningún vicio
Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
Le tiene al robo afición —
Pero el hombre de razón
No roba jamás un cobre—
Pues no es vergüenza ser pobre,
Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía—
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse—
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
No se olvida hasta la muerte—
La impresión es de tal suerte
Que á mi pesar, no lo niego—

Cai como gotas de fuego
En la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
El trago el pior enemigo—
Con cariño se los digo,
Recuerdenlo con cuidado—
Aquel que ofende embriagado
Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis
Siempre han de ser los primeros—
No se muestren altaneros
Aunque la razón les sobre—
En la barba de los pobres
Aprendan pa ser barberos.

Si entregan su corazón
Á alguna mujer querida,
No le hagan alguna partida
Que la ofienda á la mujer—
Siempre los ha de perder
Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
El cantar con sentimiento—
No tiemplan el instrumento
Por solo el gusto de hablar—
Y acostúmbrense á cantar
En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
Que me ha costado adquirirlos,

Porque deseo dirigirlos
Pero no alcanza mi cencia—
Hasta darles la prudencia
Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
Medité en mis soledades—
Sepan que no hay falsedades
Ni error en estos consejos—
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades.

JOSÉ HERNANDEZ.

CANTO LÍRICO Á LA LIBERTAD DE LIMA

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio
Sobre el globo infeliz, llevando insanos,
Á doquier el terror, el llanto, el duelo,
La viudez y orfandad: en vano el trono
Ven con ardiente celo
Guardar á los ministros de su furia:
En vano fieros desde el alto asiento
De su injusto poder miran los males
De pueblos oprimidos y obedientes
Por largo espacio al ímpetu violento
De su cruel ambición: ya las señales
• De su ruína y oprobio están presentes:
Llega por fin el día, en que hasta el polvo-

Su soberbia humillada
Será de las naciones execrada.

Así el poder de Jerges orgulloso,
Así el dominio del feroz Atila,
Tan solo en la memoria
Duran hoy de los hombres, y en su gloria
Del orbe aborrecida: ya pasaron,
Cual plagas espantosas, y á la tierra
Solo largos recuerdos le dejaron
De incendios, muerte, asolación y guerra.

Así, oh España, vimos
Caer aquel vasto y gótico edificio
Que á tu infausta ambición, sobre las ruínas
De dos ricos imperios, levantaste
En el nuevo hemisferio: al torpe vicio,
Al sórdido interés abandonada,
Fuiste esclava á tu vez, también probaste,
En justa pena de tu horrendo crimen,
El duro yugo que la ardiente espada
De Napoleón te impuso. Entonces gimen
Tus hijos degradados, los que fieros
A Colombia destrozan y la oprimen.

Quando allá de los altos Pirineos
Hasta el soberbio muro gaditano,
Los brillantes trofeos
Las águilas francesas anunciaban
Del César más altivo, heróicos gritos
Por todo el nuevo mundo resonaban
Contra la antigua España y sus decretos,

Que del colono con la sangre escritos,
Á eterna esclavitud lo condenaban.
Diez años á los hijos de Colombia
Sobre los montes y tendidos llanos,
Vió el sol entre fatiga
Y muerte y destrucción, la horrenda liga
Combatir de los bárbaros tiranos,
Invocar de la Patria el santo nombre,
Y constantes y fieles
Su vida consagrarle y sus laureles.

Mas súbito, al estruendo formidable
Y confuso clamor, alto silencio
Se sigue, comparable
Al que vemos reinar en el oceano,
Cuando ya cesa el aquilón furioso
De agitarlo y bramar; cuando sus aguas
Blandamente del céfiro movidas,
Calma dan y reposo
A las almas de espanto confundidas;
Silencio majestuoso,
Que á la opulenta Lima, ya cercanó,
San Martín interrumpe cuando clama:
INDEPENDENCIA AL SUELO AMERICANO.

Oye el atroz tirano
Este augusto decreto del Eterno
Con profundo terror: el negro averno
Abierto ve á sus pies, cual otras veces
Al oír la voz del trueno retumbante
Que le acusa de crímenes horrendos.
¡Oh gloria! San Martín ya entra triunfante

A la gran capital, donde reinaba
El sangriento poder, la vil codicia,
Que á ejemplo de Pizarro, devoraba
Al visir orgulloso;
Aquí los fieros déspotas, viviendo
Tres siglos en deleite escandaloso,
La miserable suerte
Del colono un momento no aliviaron,
Y á servidumbre y muerte,
Gozándose en el mal, lo condenaron.

Al frente de las huestes de la Patria
Marcha la LIBERTAD, hermosa brilla
Y augusta la RAZÓN: glorioso día!
Ya disipan sus rayos luminosos
La noche del error que antes cubría
Con un velo fatal los espantosos
Designios del tirano:
Ya en toda Lima el himno soberano
De LIBERTAD resuena;
Ya rota la cadena
De amarga esclavitud, canta las glorias
Del grande capitán; ya los clamores
De un pueblo agradecido, las victorias
Publican de los libres:
LIBERTAD! LIBERTAD! sublime acento
Que lleva el éco desde el hondo valle
Á los montes más altos y fragosos,
Y repiten los mares procelosos.

¡Oh ilustre pueblo! en el más fuerte asilo
De antiguos opresores, circundado

De bárbaros sayones,
Valorar la virtud aún no te es dado
Del fuerte de los fuertes, del gran genio,
Que al frente de guerreros escuadrones,
De audaces poderosos enemigos
Venció la rabia insana:
Tú, que á la dulce LIBERTAD hoy naces,
Aun no puedes saber de cuanto lustre
Ha colmado á la gente americana:
En tu dicha inefable y suspirada
Pregúntalo á los pueblos que del yugo
Libertó de opresión su heroica espada;
Oye los claros hechos
Que del héroe pregonan
Los pueblos libres en sagrada alianza,
Y une á los cantos, que á su gloria entonan.
El debido tributo de alabanza.

San Martín animado
De celestial impulso, en el gran libro
Leyó de los destinos, que Colombia
Largo tiempo oprimida
Por la ambición más bárbara y funesta,
Cobrando nueva vida,
Rompiendo sus prisiones,
Alzarse debe libre, independiente
De la soberbia España,
Y triunfadora de su cruda saña
Bella y rica mostrarse á las naciones.
El intrépido jefe, los peligros
Contempla y las distancias,
Que ha de arrostrar en la gloriosa empresa:

Ora al tirano ve, que armado en muerte,
Un momento no cesa
De oprimir obstinado, y á la suerte
De la Patria oponerse venturosa;
En el carro tremendo
Ora lo ve en la lucha sanguinosa,
Y entre el horror de muertes mil cayendo
Ve al generoso indiano: mas es justa
La causa que el caudillo el pecho inflama;
Sí, de los cielos la justicia augusta
Ordena combatir; pronto la sangre
Se verterá á torrentes,
Y caudalosos ríos por tributo
La llevarán al mar en sus corrientes.

El sagrado entusiasmo en tanto crece
Del fuerte San Martín, que se imagina
El cuadro portentoso
De las generaciones venturosas,
Que á tanto precio poblarán un día
Comarcas numerosas
En el indiano suelo:
Rasgando el denso velo
Del árduo porvenir, al firmamento
Alza los ojos, y al Eterno implora
En favor de la Patria, á quien su aliento
Generoso consagra. Arrebatado
De tan alto pensar, allá en la cima
De los Andes que el sol eterno dora,
Ve á Colombia sentada; ella lo anima
Con expresivo maternal acento
Á ejecutar, como hijo denodado,

Los planes que medita:
Ella le muestra su fecundo seno
Herido y destrozado
Por el rayo y el trueno,
Por la sangrienta guerra que lo agita;
Ella el camino de la excelsa gloria,
La senda hermosa del honor señala
Al jefe ilustre, que vengarla debe
Con eterna victoria
De su tormento á que ninguno iguala.

Portento tal de San Martín inflama
El pecho fiel, su brazo fortifica:
En la diestra el acero fulminante
El bélico furor ya comunica
A la hueste que en Cuyo preparara
Al estruendo y estrago de la guerra.
Fué entonces débil muro
A la gigante empresa que formara,
La alta y nevada sierra:
En asilo seguro,
Al otro lado de la mole inmensa,
Se creyó largo tiempo el vil tirano,
Cuando repente, con asombro escucha,
El sonoro clarín del bravo indiano,
Cuando con ojos aterrados mira
Que San Martín á la tremenda lucha
Descendía con fuertes batallones,
De la fragosa altura al fértil llano,
De libertad alzando los pendones.

¿Quién podrá retratar los movimientos
De gloria y alto honor que lo agitaban,

Allá en la cumbre de soberbios montes
Del éter puro en la región sublime?
¡Quién lograra los altos pensamientos
Dignamente cantar, que lo elevaban
Sobre la esfera entonces
De las pasiones viles, que oscurecen
La mente del común de los mortales!
Á designios tan nobles, tan augustos
Los acentos de Clío desfallecen;
Para ejemplo y asombro los anales
Del mundo lo dirán: no fué de Aníbal
Tan heróico el aliento,
Cuándo el consejo y fuerza del romano
Allá sobre los Alpes contemplaba,
Y eterno monumento
En Cannas á su gloria levantaba.

Así fué, que cual rayo desprendido
Del alto cielo en tempestad sonora,
Destruyó en Chacabuco el yugo infame
Que al chileno oprimía;
Después en Maipo en más tremendo día,
A esfuerzos de valor y de constancia,
A la Patria salvó, dobló la afrenta,
Y humilló la arrogancia
Del opresor sangriento, que tornaba
Más fiero y confiado
En huestes numerosas que mandaba.
Entonces San Martín un nuevo estado
Dió á la sagrada causa; en premio entonces
Él vió cuanto brillaba .
Su heroísmo á la faz de las naciones;

Él oyó resonar su claro nombre
En las dulces canciones,
En los cantos heróicos, que los hijos
De Apolo consagraban inspirados
A sus grandes hazañas; todos vimos,
Que los dardos entonces disparados
Por la rabiosa envidia contra el héroe,
En su escudo luciente, impenetrable
Volaban á romperse: así admirable
Respondió San Martín á la esperanza,
Que un día en él fundaron
Buenos Aires y Chile,
Cuando sus nobles armas le confiaron.

Mas aún no era bastante
A su grande alma el español orgullo,
En Chile por dos veces humillado:
Aquí tan sólo ejecutaba parte
De los planes profundos que en su mente
Contínuo revolvió: nuevo Marte
Debe ser y llevar rápidamente
Más allá de los montes,
Más allá de los mares
Las armas de la Patria: consumada
Así la libertad, así la gloria
De Colombia verá; su fuerte espada
Aún debe fulminar, hasta que en Lima,
Se vea entrar triunfante
El altar de la Patria; aún es forzoso
El sólio derribar, que allí arrogante
En triste aciago día
Por tres siglos alzó la tiranía.

El jefe ilustre del heróico Chile
De San Martín la empresa favorece;
¡Cuánto se inflama el atrevido génio!
¡Cuál su entusiasmo crece,
Al llegar á las playas arenosas
Del Pacífico mar! Oir le parece,
Al ruido de las olas espumosas,
Las plegarias fervientes
Del Perú, de sus pueblos numerosos,
Que contra los tiranos inclementes
Auxilio le demandan animosos:
Esperad, esperad, gente peruana;
Favorables los vientos
Impelen ya las naves atrevidas,
Que os llevarán la hueste americana;
Ellas van conducidas
Por el nuevo Argonauta, el gran Cochrane,
Que triunfa de los fieros elementos,
Y en tus costas humilla
El pendón ominoso de Castilla.

¡Cuánto furor enciende á los tiranos
Al éco de la Fama que publica,
Que á su imperio los hijos belicosos
Abordan de la Patria! A los prestigios
Del fanatismo odiosos,
Y á las armas acuden: asombrados
Huyen sus ojos del profundo abismo
Donde caerán por siempre sepultados.

¡Cuánta sangre y sudor, cuánta fatiga
Os esperan, soldados de la Patria,

Antes que en el Perú logreis dichosos
Arrancar el laurel de la victoria!
En medio de verdugos espantosos,
Aún el visir de Lima
Eterno cree su imperio,
Aún os condena á eterno cautiverio,
Aún los brazos armados por su furia
Impele en vuestro daño á los combates,
Mas una vez y mil en vuestro aliento
Encuentra oprobio, ruina y escarmiento.
Tened vuestro furor, crueles tiranos,
Muchas veces la tierra
Se estremeció con el horror y espanto
De asoladora guerra
Que movisteis á pueblos, que del hombre
Los sagrados derechos invocaban;
Mas de vuestra crueldad ellos triunfaban,
Y sobre vuestras ruinas muerte ó gloria
A la Divina Libertad juraban.

Decid, oh Grecia, oh Roma,
Oh Helvecia, y tú, oh Boston, en la árdua empresa
De vuestra libertad, cuántos furores
Tuviste que arrostrar; decid las plagas,
Las muertes, los horrores,
Que en medio de vosotros arrojaron
Los déspotas feroces; más con gloria
De tanto mal triunfaron
Vuestro valor y sin igual constancia.
Oh Colombia inocente,
Tambien oponen pechos de diamante
Tus hijos esta vez al gran torrente

De la devastación: ¡felice día!
Hoy un muro de bronce han levantado
Entre ellos y la horrenda tiranía.

Vano es que en Lima el oro con el fraude
Hoy prodigue la raza de tiranos
A mercenarios viles; los valientes
De la Patria se acercan,
Y con rayos ardientes
Las falanjes combaten y destrozan
Del bárbaro opresor, solo en la fuga
Busca ya su salud, abandonando
A la gran capital: mas ¡ay! primero
Con despecho nefando
Sus fueros más sagrados atropella,
Le arranca sus tesoros, y cargado
De crímenes horrendos, á los montes
Corre precipitado
A ocultar su ignominia; ya el soldado,
Que desmaya infeliz en su carrera
Con saña nunca vista, la más fiera,
Por el hispano jefe es inmolado!
Como la densa nube,
Que amaga destrucción, es impelida
Al remoto horizonte por el viento,
Así de espanto herida,
Para eterno escarmiento,
Huye la hueste sanguinosa, y deja
De su ambición el poderoso asiento.

¡Libertad! ¡Libertad! Las altas torres
Del orgullo europeo convertidas

En polvo caen, y el ídolo sangriento
Del fanatismo horrible: ya el palacio
Ocupa San Martín donde las leyes
De sangre se dictaron: largo espacio
Allí adoróse la soberbia imagen
De los hispanos reyes;
Mas ahora en Lima el pérfido tirano
No encuentra algún asilo á su vergüenza;
Hoy muere su esperanza
Pues no puede surcar el Océano,
Y allá en Europa concitar la saña,
Cual en un tiempo, de la fiera España.

Salve, genios ilustres, (1) que inflamados
A la luz de la gran filosofía,
Pudisteis anunciar del Nuevo Mundo
La libertad á todas las naciones:
Salve una vez y mil, sabios varones;
Ved ya, para consuelo, realizada
La teoría del bien, que al hombre un día
Le fué en vuestros escritos revelada.
Cuando la espesa nube del misterio
En larga noche, tenebrosa y fría,
Los pueblos infelices conservaba;
Cuando la España con pesado cetro
De América los brillos eclipsaba,
Vuestro sagrado acento
Fué una luz celestial, fué luz divina,

(1) Montesquieu, Raynal, Filangieri y otros filósofos amantes de la humanidad. También merece la mayor consideración á los americanos Mr. de Pratt por sus escritos en favor de su libertad.

Que al mísero colono dió el aliento,
 Con que después rompiera
 El yugo abominable, que tres siglos
 En oprobio del hombre le oprimiera.
 Vuestros nombres el mundo agradecido
 Jamás olvidará. Ved ya destruido
 Para siempre el contrato, (1)
 Que en ruina de los Incas celebraron
 La vil codicia y ambición sangrienta:
 Aquel contrato horrendo,
 Que selló el fanatismo, (2) y aún lamenta
 La triste humanidad: ella aún gimiendo
 Nos recuerda, que un día fué insultado
 El Dios de paz en sacrificio augusto
 Por tres hombres feroces invocado.

Cese, pues, gran Colombia
 El compasivo llanto, que derramas
 Sobre las tumbas de tus caros hijos
 Que vibrando su espada,
 Del Septentrion al Sud por tí murieron;
 Tus ojos, largo tiempo encadenada,
 Harto llanto virtieron:
 Hoy, libre de opresión, en ellos brilla
 La más dulce alegría;
 Los himnos oyé, con que te saludan

(1) Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque se asociaron para emprender la conquista del Perú.

(2) Luque consagró públicamente una hostia, consumió parte de ella, y el resto lo repartió entre sus asociados, jurando los tres por la sangre de Dios no perdonar, para enriquecerse, la vida del hombre.

De un polo al otro polo tus guerreros
En tan dichoso día.
Ved como, vencedores del tirano,
Levantán á porfía
Altaires á tu nombre soberano.
A tí, Patria querida, han consagrado
El código sublime
De nuevas sabias leyes que han formado:
Ellas fruto sagrado
Son de virtud y sangre generosa,
Con que la faz de tu hemisferio hermosa
En lides mil y mil enrojecieron,
Cuando de esclavitud te redimieron.

En tu fecundo suelo
Crecerá majestuoso
De libertad el árbol sacrosanto;
Sobre los montes alzará su frente,
Y sus ramas pomposas
Cubrirán el más vasto continente.
Sí, que el día llegado,
En que el antiguo déspota humillado
En su rabia inhumana,
Los hombres todos de diversos climas
Den aumento á la gente americana.

Ya tus altos destinos
Se pronuncian, oh Patria, en los consejos
De tus sabios varones:
Tus fieles hijos todas las regiones
Pueden ya visitar; no, no está lejos
El día en que los libres de Occidente

Que habitan en tu imperio,
Lleven al Indo y Ganges caudalosos,
Sus frutos y tesoros más preciosos.
Por más breve, más próspero camino
Sus naves llegarán al Golfo Indiano,
No como el lusitano, (1)
Cuando en el Tormentorio navegaba,
Y el furor de sus ondas afrontaba.

Ya no podreis jamás, crueles tiranos,
Tanta dicha estorbar, que el cielo envía
A la angustiada tierra:
Ni la superstición, ni el fiero orgullo,
Que en vuestros pechos de crueldad se encierra,
Renovarán nuestros pasados males.
¡¡Feliz posteridad!! De nuestros bienes
Hoy nos dá la razón claras señales:
¡Mi mente, al contemplarlos, cuál se agita,
En un furor divino!
Yo veo del alcázar del destino
Súbito abrirse las ferradas puertas,
Y allí en letras de fuego escrita leo
Vuestra dicha futura:
No, no es grata ilusión, vano deseo;
Que fiel me lo asegura
La sagrada opinión que al Nuevo Mundo,
Al Orbe, á todos clama:
Libertad, libertad, fuera tiranos,
Que toda esclavitud al hombre infama.

(1) Vasco de Gama fué el primero, que en demanda de las Indias Orientales
dobló el cabo de las Tormentas, hoy llamado de Buena Esperanza.

¡¡Época memorable!!! Ya los pueblos,
Que tan altos acentos hoy escuchan,
Como las olas de la mar se agitan,
El carro de la guerra precipitan
Contra el cruel despotismo, y fieros luchan.
Y tú, España, que laigo tiempo esclava
Del poder más fanático y sangriento,
Con sangre y fanatismo esclavizaste
Al Nuevo Mundo, empieza ya á ser justa.
Si es verdad, que respiras hoy el aura
De libertad augusta,
De esta eterna deidad, que el Orbe adora,
No quieras por más tiempo ser señora
De Colombia inocente;
Reconócela libre, independiente
Del trono de tus reyes.
Si hoy al fin olvidada
De tus sangrientas leyes
Acceptares la paz, que te ofrecemos,
Con fervor sacro, y en un mismo idioma
La libertad del mundo cantaremos.

¿Pero qué monumento, oh gran Colombia,
Consagrarte debemos,
Cuando á la faz de todas las naciones
Libre, jóven y hermosa te presentas?
¿Dónde el sublime artífice hallaremos,
Que en su obra muestre cuanto bella ostentas?
¿Para ensalzar tu nombre imitaremos
De Egipto las pirámides enormes,
Los grandes obeliscos consagrados
Hasta ahora al fanatismo y al orgullo?

No, que tus fuertes hijos inflamados
Del entusiasmo ardiente,
Te alzarán al Olimpo
De un modo más grandioso y permanente
Que el griego y el romano,
Cuando con mano experta y atrevida
A mármoles y bronces dieron vida.
Tu prole venturosa
Subirá á la alta cima
De los nevados Andes; allí el genio
Inflamará su audacia hasta que imprima
Gigante humana forma y asombrosa
Al mayor de los montes; en la estátua
De la divina libertad la tierra
Lo verá convertido;
Estátua que resista al gran torrente
De los siglos, y triunfo del olvido;
Estátua colosal, nuevo portento,
Que domine las tierras y los mares.
Así los navegantes,
Que osados dejan los paternos lares;
Así los fatigados caminantes,
Al ver de un horizonte más lejano,
Tan alto monumento,
Saludarán con alma reverente
A la deidad, al númen soberano,
Que por siempre será de gente en gente
Invocado en el mundo Americano.

ESTEBAN DE LUCA.

A LA SEÑORITA

JOAQUINA IZQUIERDO

¿Qué acentos dulces oigo
Tan llenos de armonía?
¿Quién así los pronuncia
Que las almas agita?
¿Quien la ha enseñado acorde
A guardar la medida
De versos que la gloria
De la América pintan?
No es Erato amorosa,
Ni cómica Talía,
Porque horrores de Marte
Solo el metro respira.
¿Quién será, pues, decidme
Del Río sacras Ninfas?
Así el Dios en los brazos
Amoroso os reciba.
¿O, acaso, sois vosotras
Que en la fértil orilla
Cantais de Mayo el triunfo
Alternando festivas?
•No, me responden ellas
Con cierto aire de envidia,
Es una nueva musa;
Es Caliope si cantos
De la guerra recita:
Al oír su voz dejamos

La mansión cristalina;
Un fuego más sublime
Su honesto pecho anima
Que á Safo cuando á Vénus
Sus himnos repetía...
Tú dos vlces tuviste
La inestimable dicha,
De que tus versos ella
Declamase expresiva.
Más sonoro, más dulce
Tu cantar parecía
Al sonar pronunciado
Por su boca melíflua.
Las Musas en la cuna
La arrullaron propicias,
Y sus amables dones
Apoló hoy la prodiga;
Placeres inocentes
En su pecho se anidan;
Sembrar sabe de flores
La senda de la vida;
De flores, sí; y cual rosa
Que á los ojos cautiva,
Para el incauto envuelve
Punzadoras espinas»...

ESTEBAN DE LUCA

EN LA VICTORIA DE MAIPO

¡Oh! si hoy mi poderío
La esfera de mis votos igualase
Para cantar el belicoso brío
De la legión maipuana
Que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría,
De Píndaro, de Horacio y del Mantuano
Aquel estro, grandeza y armonía
Que á los siglos quebrantan,
Y siempre al alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo
La deliciosa voz demandaría,
El mismo Apolo su eco victorioso
Me daría con gusto
Que siempre ha sido con los héroes justo.

Después al rutilante
Carro del sol en majestad subiendo,
De la cordura y rectitud amante
Cual Faetón no fuera,
Principiaría la inmortal carrera.

Por delante la Aurora,
Más graciosa, más cándida, más bella
Que en el cielo jamás se vió hasta ahora,

Las puertas me abriría
Y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,
Admirados quedando al presentarse
Fenómeno tan raro y esplendente,
Corriendo á las alturas,
Dejarían talleres y culturas.

Y entretanto ocupando
Del grande Tauro el hiperbóreo alcázar
Y el humilde horizonte atrás dejando,
Con ráfagas de lumbre
Más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
Deliciosos poemas sembraría,
Que al leerse por el mundo y meditarse,
De Maipo la victoria
Perpetuasen del mundo en la memoria.

Al cenit más cercano,
Y ya á la vista general del orbe,
Entonara mi canto sobrehumano:
Melodiosos torrentes
Moverían las piedras y las gentes.

¡Oh Patria! tú serías
De mis loores el sublime objeto:
Tu pasmosa constancia en tantos días
De apremio y de fatiga
Con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha,
Cual si no hubiera pueblos generosos,
Nadie en el mundo tu clamor escucha;
Todos te dejan sola
En brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena,
Vertiendo sangre y en sudor bañada,
Con la mano de trueno y rayos llena,
Luchas con tus rivales,
Y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa,
Que en sus pérdidas mismas recobrado,
El tirano otra vez la lid empieza,
Y te arrostra atrevido,
Como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen:
¡Tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! tus conflictos á la par acrecen
Mil monstruos parricidas,
Que renuevan atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
Que en sus favores te ha donado el cielo
Para colmo de gloria y regocijo,
Se arroja á la palestra,
Y arma en tu auxilio la robusta diestra

Á la hidra que vomita
Por millares de bocas cruda muerte

El hercúleo campeón se precipita,
Su gran maza levanta,
Y la tiende mortal bajo su planta.

Así fué la jornada
De las célebres márgenes del Maipo,
En donde fuiste, oh Patria coronada
De lauro inmarcesible
Por San Martín y su legión terrible.

¡Gloria á tantos varones
Que á los más grandes en la guerra igualan,
Y los vencen en muchas proporciones!
En igual circunstancia
No hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
Con majestuoso acento cantaríá,
Y asombrado al oirme el orbe inmenso,
Prorrumpiera cantando
América, y sus bravos alabando.

Después celebraríá
Tu rico suelo que llenó natura
De dones abundosos á porfía:
Suelo privilegiado
Para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
También diríá, que en crüenta lucha
Arrebatár á todò el orbe espera
Este terreno amigo,
Donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
De doquier hasta el cielo subirían,
Deseando gloria á los independientes.
Y paz pronta y durable
Que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
El mercado más fácil y abundante;
A cuya sombra la opulencia crezca,
Y nazcan relaciones
Que hagan felices todas las naciones.

Yo entre tanto gozoso
Bajaría el gran carro al horizonte,
Y celajes de un gusto primoroso
Pondrían fin al día
Que te ofrecen mis votos, Patria mía.

VICENTE LÓPEZ Y PLANES.

Año 1816.

CANTO ELEGÍACO

A la muerte del General D. Manuel Belgrano

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas

Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo,
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
atal á los tiranos, ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.
Hoy, enlutado su pendón, y al eco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible
Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
Y el lamento responde pavoroso:
«Murió Belgrano!» ¡oh Dios! ¡así sucede
La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
¡La tierra fría cubra tus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no puede
¡Campeón ilustre! ¡atleta esclarecido!
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno
Tu nombre mostrará á los descendientes
De la generación que te lamenta.
La Patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que la amaga
En anárquico horror, la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Da la venganza al miedo diligente.
Aun de Témis el ínclito santuario

Profanado y sin brillo; el inocente,
El inocente pueblo, illustre un día,
A la angustia entregado, el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor; el país se enciende
En guerra asoladora que lo ayerma;
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feroz que la quebranta.
Y ¿ora faltas Belgrano?... Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
¡Y diez años de afán!... ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que á la gloria condujiste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,
La hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende, ¡oh musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo le he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo.
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa, y luego....
¿Qué mas hacer? El desairar la suerte...
Y ser grande por sí, esta no es gloria
Del común de los héroes; él la ofrece
En pró de los rendidos que perdona.

Ora al genio se presta y lo engrandece:
Corre la juventud, y la natura
La espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El gérmen de las glorias. ¡Oh! ¡quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien! Sólo á tí es dado
Historia de los hombres: á tí, que eres
La maestra de los tiempos: la arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En tí se deposita; recogedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos sombras preciosas de Balcarce,
De Oliver, de Colet, Martinez, Velez!
Ved vuestro general, ya es con vosotros,
Abridle el templo que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! Pueblos generosos!
Al héroe de Febrero y de Setiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienas
Coronasteis de flores, id á la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreses.

JUAN C. LAFINUR.



CRISTOBAL COLON

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino:
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
A inspiraciones de su amor profundo:
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, génio, mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria;

¡Ah! bendita la pila do tu frente
Se mojará en el agua del bautismo,
Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocará en la unción del cristianismo!

Ángel, génio, mortal, yo te saludo
Desde el seno de América, mi madre;
De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,

Empinado en las ondas del oceano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

Á tu grandeza un siglo era pequeño:
Y en los futuros siglos difundida
Es el eterno Tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al MÁS ALLÁ de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla
Que sacaste del fondo de un oceano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila;
Pero ¡ay! el tiempo en su veloz corriente,
Mina el cimientó donde ya vacila!

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes sin soñar su suerte;
Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos,
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia,
¿Qué importa? ¡eh! tu nombre es el oceano,
Y el Andes la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos, y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía,
Y un rayo de tu genio poderoso
Queová y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales,

Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales?

Salve, genio feliz! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Flegadas ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te mostrará, Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
Á respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna ¡alma.

JOSÉ MÁRMOL.

LOS TRÓPICOS

(EL PEREGRINO)

¡Los trópicos! Radiante palacio del Crucero,
Foco de luz que vierte torrentes por do quier!
Entre vosotros toda la creación rebosa
De gracia y opulencia, vigor y robustez.

Cuando miró imperfecta la creación tercera
Y le arrojó el diluvio la mano de Dios,
Naturaleza, llena de timidez y frío,
Huyendo de los polos, al trópico subió.

Y cuando dijo: «¡basta!», volviéndola sus ojos,
Y decretando al mundo su nuevo porvenir,
El aire de su boca los trópicos sintieron
Y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo
Naturaleza en ellos su trono levantó,
Dorado con las luces de la primer mirada,
Bañado con el ámbar del hálito de Dios.

Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
Los bosques de azucenas, de mirto y arrayán;
Las aves que la arrullan en melodía eterna,
Y por su linde ríos más anchos que la mar.

Las sierras y los montes, en colosales formas,
Se visten, con las nubes, de la cintura al pie;
Las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan,
Se mira de los montes la esmeraltada sien.

Su seno, engalanado de primavera eterna,
No habita ese bandido del Andes morador,
Que de las duras placas de sempiterna nieve
Se escapa entre las nubes á desafiar al sol.

Habitan confundidos el tigre y el jilguero,
Tucanos, guacamayos, el león y la torcaz;
Y todos, cuando tiende su oscuridad la noche,
Se duermen bajo el dátíl, en lechos de azahar.

La tierra de sus poros vegetación exhala,
Formando pabellones para burlar al sol,
Ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
Del oro y del topacio magnífico esplendor.

Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
No emana sino vida, y amor, y brillantez;
Donde cayó una gota del llanto de la aurora,
Sin ver pintadas flores no muere el astro-rey;

Así como la niña de quince primaveras,
De gracias rebosando, de virginal amor,
No bien recibe el soplo de enamorado aliento
Cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.

¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde,
Resbala como tibio suspiro de mujer,

Y en voluptuosos giros besándonos la frente,
Se nos desmaya el alma con dulce languidez.

Ma^s ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,
Los trópicos encierran, magnífica: la luz.
La luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.

¿Adónde está el acento que describir pudiera
El alba, el mediodía, la tarde tropical,
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millón de estrellas un astro nada más?

Allí la luz que baña los cielos y los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir:
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cenit.

El ojo se resiente de su punzante brillo,
Que, cual si reflectase de placas de metal,
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová,
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra por si á doblarse van.

Y con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida, revienta por los poros,
Vegetación manando para alfombrar su pie.

Y cuando el horizonte la toma entre sus brazos,
Partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
Las luces son entonces vivientes inflamados
Que en grupos se amontonan á despedir al sol.

Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
Caracoleando giran en derredor á él,
Y azules mariposas en bosques de rosales
Coronan esparcidas su rubicunda sien.

Y más arriba, cisnes de nítido plumaje
Nadando sobre lagos con lindes de coral,
Saludan el postrero suspiro de la tarde
Que vaga como pardo perfume del altar.

Y muere silenciosa mirando las estrellas
Que muestran indecisas escuálido color,
Así como las hijas en torno de la madre
Cuando recibe su alma el seno de Dios.

Si en peregrina vida por los etéreos llanos
Las fantasías bellas de los poetas van,
Son ellas las que brillan en rutilantes mares
Allá en los horizontes del cielo tropical.

Allí las afecciones se avivan en el alma;
Allí se poetiza la voz del corazón;
Allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
Discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
Al paso de la noche se aviva en el cenit,

Hasta quedar el cielo bordado de diamantes
Que por engaste llevan aureolas de rubí.

Brillantes, despejadas, inspiradoras, bellas,
Parecen las ideas del infinito Ser,
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre
No bien que de su labio se escapan una vez;

Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
Con iris y aureolas magníficas de luz,
La luna se presenta como la Virgen-madre
Que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

JOSÉ MÁRMOL.

A MI HIJA DELFINA

No te hicieron los cielos tan hermosa
Sino para ser madre y ser esposa.

Blanca flor que embalsamas mi existencia
De tus perfumes con la grata esencia;
Música cuya suave melodía
Estremece de amor el alma mía;
Rayo de luz que caes sobre mi frente
Disipando las sombras de la mente;
Lágrima de los ojos desprendida
Del serafín que guarda nuestra vida;
Linfá donde apagué mi sed ardiente,
Como el viajero en agua transparente;
Pichón que bajo el ala adormecido,

Desafías las lluvias en tu nido;
¡Hija mía! entre sueños virginales,
Envuelta por los brazos maternos,
Y en esa fuente del materno seno
Bebe un raudal que de virtudes lleno
En cada gota verterá en tu mente
De nobles pensamientos la simiente,
Que dormirán hasta que en torvo ceño
El tiempo venga á perturbar el sueño;
Y puros sentimientos, ángel mío,
Que germinando cual la flor de estío,
Derramarán en tu alma ese perfume
Que la virtud de la niñez asume;
Y beberás un bálsamo del cielo
Para expresar dolores en el suelo,
Para exhalar mil gotas cristalinas
Como su aroma blancas clavelinas;
Porque el llanto es la flor que brota hermosa
En el alma sensible y candorosa,
Y el rostro donde nunca ha resbalado
Es arenal que el cielo no ha regado.
Así cual de la espléndida natura
El llanto es la expresión de la criatura:
El cielo llora gotas de rocío
En las serenas noches del estío,
Y al ausentarse, lánguida la aurora,
Entre luces y sombras también llora
Pero todo desciende suavemente
De la misericordia al ancha frente:
Fertiliza el rocío los eriales,
Y la aurora los lirios virginales,
Y caen las dulces lágrimas del niño

En un seno purísimo de armiño,
Y más tarde entre manos cariñosas
Que se ahuecan sensibles y piadosas,
Cual urna sencillísima de cobre
Donde se guarda el óbolo del pobre.
Oh tú, que de tu vida en la mañana
Te meces en el valle tan lozana:
Que sea tu cabeza bendecida
Sobre la dura almohada de la vida;
Que recorras tu plácida alborada
Por ángelicas voces arrullada;
Que el viento de la dicha infle tu vela
Mientras la luna del placer riela;
Y que si acaso un día, negro velo
Miras extender sobre tu cielo,
Veas llegar á tu arca placentera
La paloma de dichas mensajera
Para anunciarte en tu hombro reclinada:
«La tempestad se ve ya apaciguada,
«La luz del sol de nuevo te ilumina
«Y las flores esmaltan la colina;
«Tersa se vé la frente de tu río
«Y no hay en él ni un áspero bajío:
«Mucho vagaste, niña, por los mares:
«Al fin reposarás entre tus lares,
«En la ribera nítida y risueña
«Que allá en el horizonte se diseña,
«Do encallará tu barca suavemente
«Como del manso arroyo la corriente.»
Ora, hija mía, lejos de huracanes,
Duerme ajena de míseros afanes,
Mientras tu madre tu cabeza pura

Bautiza con sus gotas de ternura,
 Las que tu padre enjuga blandamente
 Al deponer un ósculo en tu frente,
 Dejando en esas lágrimas escrita
 Una dulce palabra: «¡Eres bendita!»

.....

BARTOLOMÉ MITRE.

—————

A DIOS

—

No es este canto el eco de la ola
 Que azota el huracán de la desgracia,
 Y que envuelta en la espuma de la ira
 Contra los muros de mi pecho brama;
 Es este canto,
 ¡Dios de mi alma!
 La más tierna expresión del sentimiento
 En la flor del recuerdo perfumada.

Es la dulce armonía arrobadora
 Que sobre el ¡ay! de mi infortunio vaga,
 Levantando mi espíritu abatido
 Sobre sus blancas y brillantes alas;
 La fresca sombra,
 La gota de agua,
 Que la fiebre voraz de mi martirio
 En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume
 Que el pasado en mi espíritu derrama,

Que el trascurso del tiempo no evapora,
Que el viento del dolor no me arrebatara;
 Único aroma,
 Única lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada.

Es el recuerdo de mi Edén perdido,
Del Paraíso de mi edad temprana,
Del nido de mi amor y mi inocencia,
Del jardín más hermoso de mi patria,
 Donde hay mujeres,
 ¡Flores gallardas!
En cuyos labios, como en frescas rosas,
Va por la noche á perfumarse el aura.

Es la memoria de la tierra hermosa
Donde el hogar en que nació se halla,
Sembrado de violetas y azucenas,
Rodeado de naranjos y de acacias;
 ¡Mansión humilde!
 Paloma blanca,
A cuyo arrullo melodioso y tierno,
Me dormía feliz bajo sus alas.

Tierra bendita en que el poeta siente
Que hasta el cielo su espíritu levantan
Sus ráfagas de luz y de armonías
Y el perfume exhalado por sus auras:
 Volcán de amores,
 Que á nadie abrasa,

Trasmitiendo el calor del sentimiento
Hasta á las fieras que en sus selvas braman.

Allí, Dios mío, pronuncié tu nombre,
Allí, la fe se difundió en mi alma,
Y á su influjo las flores de mi vida
Exhalaron suavísima fragancia;
 ¡Edad tranquila!
 ¡Arroyo en calma!
¡Cuán distinto del mar de mi existencia
Que hoy azota con furia la borrasca!

Si allí, Señor, mi corazón latía
Al suave impulso de impresiones santas,
Si allí las horas de mi vida fueron
Puras y alegres cual la luz del alba,
 Si allí creía,
 Si allí esperaba,
¿Cómo no ser sublime el sentimiento
Que, á su recuerdo, de mi ser emana?

Yo te ofrezco, Señor, su pura esencia
Que hasta en las horas del dolor me embriaga,
Como el único bien que me ha dejado
Para consuelo, mi fortuna ingrata;
 Como el perfume,
 Como la lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada!

GERVASIO MENDEZ.

AMOR CELESTE

A RAFAEL OBLIGADO

¡Qué hermosa es! De entre la sombra densa
De su oscura pestaña,
Se levanta la luz suave, apacible,
De su tierna mirada.

No es el brillo del sol el de sus ojos,
Es el brillo del alba;
Si tuvieran aquél, tendrían fuego,
Los suyos tienen lágrimas.

No es su rostro el clavel enrojecido,
Es la azucena blanca;
Esa pálida flor que vive enferma
De sufrir por el aura.

Siente el amor del ángel, y su espíritu
En el de Dios se baña;
Sus ideas son luz; parece, al leerlas,
Que un astro centellara.

No la busqueis en el salón del baile,
Esa orgía del alma;
Buscadla en el hogar, que allí el banquete
De la virtud se halla.

Es oración, incienso, flor y canto
De inmortal esperanza:

Cuando se piensa en ella, se dibuja
Algo eterno en la nada.

¡No se la puede odiar! Sus sentimientos,
Aunque duelan, se aman:
Son como las espinas de las rosas,
Que hieren y no enfadan.

¿La conocéis? La luna no es más tierna,
Ni tampoco más pálida;
Con su vestido blanco, se asemeja
Á una visión soñada.

No deslumbra su frente con el brillo
De valiosa guirnalda;
Los jazmines y nardos son las flores
Que á su cabello enlaza.

De su voz la expresión de un pensamiento
Melancólico mana;
Se parece al arrullo de la tórtola,
Que entristece y encanta.

Una noche la ví... Sentí la frente
Batida por el ala
De un recuerdo, poema de otra vida,
Que en la tumba se encarna.

¡El amor inmortal, la fe infinita
Derramó en sus palabras!....
La María de Isaacs sonrió en el cielo,
Y la llamó su hermana!

¡Todo lo iluminó!.... Miré el espíritu,
Como celeste llama,
Elevarse del polvo del sepulcro
Á su primer morada.

¡Todo lo vislumbré! Mi pensamiento
Deshizo la muralla
Que entre el mar de la tierra y el del cielo
Sombria se destaca.

Y la fe, como estrella que clarea
En noche de borrasca,
Disipó las tormentas de la duda
Que mi vida azotaban.

Desde entonces creí: nació en su labio
La verdad anhelada,
¡La verdad de su amor, el lazo eterno
Que á lo inmortal me ata!

Desde entonces amé, porque su boca,
Como las flores casta,
Me enseñó que hasta Dios el alma sube
Si el amor la levanta.

Y siento desde entonces algo grande,
Que la tierra no abarca,
Que no cabe en los límites del mundo,
Que en la tumba no acaba.

Algo que, en el Calvario de mi vida,
De la cruz me desata,

Que trueca las espinas del martirio
En la gloriosa palma.

¡Sentimiento inmortal! ¡Celeste dicha
Que vence á la desgracia!
¡El único girón de la bandera
Triunfante en la batalla!

Poetas, si las aves y las flores
Á que cantáis no os bastan;
Si busca una oración para sus cuerdas
Dulcísimas, vuestra arpa;

Ó si anhela un perfume semejante
Al perfume que exhala
El humo de la mirra que en el templo,
Ante Dios, se derrama;

Enlazed la armonía de su nombre
Á vuestra lira mágica,
Y sentireis alzarse con sus notas
Perfumes y plegarias.

Es oración, incienso, flor y canto
De inmortal esperanza.
¿La quereis ^{con}conocer? En el santuario
De la virtud buscadla.

GERVASIO MENDEZ.



LUCHA

Yo tenía un hogar pequeño y pobre,
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre, y en su sed sin agua.

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madreselvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
Pero ofrecía ilimitado espacio
A la gigante aspiración de mi alma!

Ébrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
A derramar sus repugnantes miasmas!

Allí abrían las rosas sus capullos
A la caricia de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban;
Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas.

Como regia diadema de brillantes
Que centellea en una frente casta,
Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria...
Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas.

Deslumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
Ví de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra.

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia!

Desde entonces arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,
Luchando día á día, sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia.

¡No es posible triunfar! Pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles
Ocultando la frente en la batalla.

GERVASIO MENDEZ.

EROS

Hoy vengo, dulce dueño,
A rendir á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las claras ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aún me parece en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tenues caricias de impalpables alas?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces Musas con amor besaron,
Difundiendo en su ser esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde
Lo intangible y real, y en áureo lazo
Los liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura.
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos
El suave aroma que en tu ser se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que alumbra

Tu corazón de virgen;
Con tus palabras, para mí más gratas
Que esa vaga armonía con que el aura
Suenta en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída
De la inmortal naturaleza; entonces
De la alta estrella, y de la errátil nube,
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo, ..
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendióse de armonías,
Donde línea y color y ritmo, unidos
Á férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban.

Tu tierno amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde eco y forma halló el eterno ritmo.
¡Inefable emoción, engendradora
De brïosa virtud y alto deseo!
Rica de savia nueva,
El hombre ~~siente~~ rebullir la vida,
Y lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,
Y ni duro revés, ni árduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan;
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada feliz le aguarda en premio.

¡Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laúd ceñido!
Y ¡oh cuántas, cuántas veces
Vino mi oído á acariciar sūave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de ruidoso aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mío!
¡Engañosa ilusión! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.
Más si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de tí: la flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve
Que en torno gira; la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala;
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda
Que embarga el corazón é hinche la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe,
Tráenme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.

En la alta noche

Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y cual mudo lenguaje al alma embriaga
El límpido brillar de las estrellas,
Yo siento que tu imágen
Llena todo mi sér. Viva y radiante,
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella yerguen
Fresco y lozano el árbol de la vida. . .

Otros en pos de fútiles quimeras,
Á la arena del mundo,
Enderecen sus férvidos corceles;
Sorprender quieran con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;
Ó en ansia ardiente de ligeros goces
Viles arrojen su mejor corona
Á las plantas de estólido magnate.
Yo anhele ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora,
Y aquella aún más pura,
De tu amante mirar, á cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡Todo está en tí mi corazón, que al ritmo
Late ¡oh amada! que tu mente rige!
Y cuando lejos de tu vista vago,

Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como al hundirse el sol, bordan los astros
El manto oscuro del tendido cielo.
¡Tuya mi lira es! ¡Tuyo su ingenuo
Aunque modesto són: y cuando envuelta
En fúnebres crespones
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aun al herirla gemebundo el viento,
Entre sus cuerdas vagará tu nombre!

CALIXTO OYUELA.

ECHEVERRÍA

Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra, que la voz vibrante
Del buitre carnívoros,
El alarido de la tribu errante,
Y el soplo del pampero.

Faltaba el alma á la extensión vacía;
A los vientos del llano,
Un rumor cadencioso, una armonía
Que solo brota del corazón humano.

Su lumbre derramaba
El sol, siguiendo su fatal camino;

La luna, su destello soñoliento;
Pero al cielo faltaba
Un astro, el astro del amor divino,
Y á la tierra el fulgor del pensamiento.

Sentir, pensar... Suprema, única vida;
Para la sed del alma, única fuente!
Sobre la tierra, que á vivir convida,
¿Bastarnos puede, acaso,
Un astro que se eleva del oriente
Y se oculta en silencio en el ocaso?

Nada dice al espíritu
La noche taciturna,
Encorvando su bóveda sombría
Como una inmensa úrna
Sobre la tierra desmayada y fría,—
Si en la sombra lejana
De sus antros sin nombre,
No destella la mente soberana
Y no palpita el corazón del hombre.

El vuelo de las aves,
De la laguna el musical rüido,
Los miles roces süaves
Que el viento ^{im}prime al pajonal dormido....
Ah! todo ese concierto
En vano resonaba,
Porque allá, sin un éco, se apagaba
En los profundos senos del desierto.

II

Llegó por fin el memorable día
En que la Patria despertó á los sones
De mágica armonía;
En que todos sus himnos se juntaron
Y súbito estallaron
En la lira inmortal de Echeverría!

Como surgiendo de silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó á sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores;
Y el vergel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores!

Desde la yerba humilde,
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea,
Y, á cada nube oscura,
Á grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.

Una tarde sintió dentro del pecho
Esa fuerza expansiva
Que hace parezca el horizonte estrecho
De la ciudad nativa;
Y tendido en el lomo rozagante
Del potro pampëano,
Campos y campos devoró anhelante
Y allá en la sombra se perdió del llano.

La noche era tranquila;
En la faz del desierto
Clavaban las estrellas la pupila,
Con esa mezcla de ansiedad y pena
Con que miramos en la tierra á un muerto.

¿Qué hablaron al poeta
Esos murmullos de la noche en calma,
Del carrizal nacidos,
Que cantan al pasar en los oídos
Y lloran en el alma?
¿Qué historia le contaron?
¿Qué dolorosa y fúnebre quimera,
Que sus ojos en llanto se empañaron
Y detuvo del potro la carrera?

Era que oyó el gemido
De un pecho desgarrado,
Un grito por tres siglos repetido
Y de nadie escuchado!
Era que de su lira generosa
Cayó en la cuerda viva,

Como gota de lluvia, luminosa,
La lágrima infeliz de la *cautiva!*

III

En vano entre sus toldos el salvaje
Esclavizó á *María:*
En sus sueños geniales el poeta,
En el distante aduar, la presentía,
Para él nació; para su gloria fueron
Aquellas formas armoniosas, bellas;
Esos ojos que lágrimas vertieron
Para empapar el corazón con ellas.

Él reflejó en su espíritu doliente
Su historia sin ventura;
Él la siguió, como paterna sombra,
Por la vasta llanura;
Él hizo que las gotas de su llanto
En las almas sensibles se volcaran,
Y los ojos enjutos
De todo un pueblo á humedecer llegaron.

Rosa temprana en un erial caída,
Él recogió sus hojas una á una,
Entregadas, ¡oh Dios! por la fortuna
A todas las tormentas de la vida;
Y en las cadencias de su verso alado,
Dulce, insinuante. musical, sereno,
Vino y vertió su aroma delicado
De nuestra patria en el materno seno.

Desde entonces hay cantos de ternura,
Rumor de besos en la Pampa inmensa;
Hay un alma que piensa,
Una fibra que late á cada paso;
Y derrama su lumbre perdurable
El astro hermoso que la vida encierra,
El astro del amor, puro, inefable,
Que no rueda al ocaso,
Que no empañan tormentas de la tierra.

IV

¡Oh Patria, madre mía,
Felices ¡ah! los que tu sien miraron
De frescos lauros coronarse un día!
Los que tu suelo estéril fecundaron
Con sangre de sus venas,
Y anillo por anillo, las cadenas
De tu ominosa esclavitud trozaron.

Para aquellos heroicos corazones
Era música grata,
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones!
Sólo á ellos fué dado
Contemplar esa mágica belleza
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza!
Sólo á ellos, beber en el reguero
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
De San Martín el inflexible acero!

¡Con qué íntimo gozo
Tus hijos, fuertes en su amor profundo,
Te colocaron en excelso asiento
Para mostrarte independiente al mundo,
Independiente y libre.....
Libre no, que era esclavo el pensamiento!

El filo de la espada
Cortar puede los lazos
Que á un pueblo oprimen de otro pueblo en brazos;
Mas aquellos que inerte
El alma dejan á merced extraña,
Que hasta el rayo de sol en que se baña
Le dan quebrado por ageno prisma,
Como el diamante con su propio polvo,
Sólo se cortan con el alma misma.
Y Echeverría los cortó. Su mente
Hirió como una espada,
De resplandores acerados llena,
Las viejas ligaduras
Que la conciencia de la Patria, atada
Tuvieron ¡ay! á la conciencia agena!

Y fué la libertad! y el pensamiento
Tomó las alas del nativo cóndor
Para escalar audaz el firmamento,
Para bajar al llano,
Cantar la Patria, en la cautiva errante,
Y ofrecerla, triunfante,
Al aplauso del mundo americano!

V

Profundas melodías
Vagaban en la atmósfera serena,
Como el fúnebre acento de la quena
Que sollozaba en los antiguos días:
Dulces cantos de amor, que eran al alma
Claridad y rocío:
El triste desengaño, el negro hastío,
La esperanza risueña....
Ah! todo ese universo
Revivió en los *Consuelos* y su verso
Se apoderó de la mujer porteña!

El las dijo al oído
Tantos sueños de amor, que el alma encienden!
Tanto vago secreto,
De esos que ellas aprenden
Como las aves á construir su nido!....
Que aun su nombre es amado
Como un recuerdo de amorosa historia,
Porque siente como ellas y consuela;
Y aún llevan, en ofrenda á su memoria,
Ornando sus hechizos,
La cándida *diamela*
Que él, con sus manos, enlazó á sus rizos.

VI

Llegó el tiempo fatal, llegó la hora
En que de nubes se cubrió y de duelo

La faz tranquila del hermoso cielo
Que vió de Mayo la primera aurora.
Como fiera traidora
Que avanza oculta en tempestad sombría,
La libertad rasgando y el derecho,
La garra de la infame tiranía
De Buenos Aires se clavó en el pecho!....

Adiós sueños de amor, adiós hermosa
Que á la sien del poeta
Ofrenda hicisteis de tejidas rosas!
Él todavía, la mirada inquieta
Vuelve á vosotras, de la nave ingrata
Que lo lleva al destierro y á la muerte
Sobre las olas del airado Plata.

Se ausentó para siempre!—Solitario
Quedó su corazón, pues no cabía
En su íntimo santuario,
Otro amor que su patria, ni otro cielo
Que aquel sublime y grande,
Que se dilata del platino estuario,
En arco inmenso, hasta la sien del Ande.

Brotó de su alma, en su postrera noche,
Una lágrima ardiente,
De bendición para la patria ausente,
Para el tirano, de viril reproche;
Y herido al fin por la implacable saña
Del destino, se hundió como los astros,
Dejando en torno luminosos rastros,
En el sepulcro de la tierra extraña!

¡Oh injusticia! ¡oh dolor!.... Patria de Mayo,
¿Dónde están del poeta los despojos?
¿Brilla en su tumba de tu sol el rayo?
¿La misma luz que acarició sus ojos?
¿Duerme, madre, en tu seno
El que ciñó á tu frente soberana,
Aquel laurel que no destila sangre
Sino que lumbre generosa mana?

No, que el cantor de la llanura yace
De su pueblo olvidado!....
Ayer no más, trayendo las cenizas
Del héroe invicto, del primer soldado,—
Llena de pompa y luz y movimiento,
Rozando aquella tumba solitaria,
Pasó la nave; y su estertor profundo
Hizo temblar la copa funeraria
De los cipreses, en dolientes coros,
En tanto que gallarda se perdía,
Al aire el oriflama,
Revolviendo sus hélices sonoros!

¡Quedó esa tumba abandonada!.... Empero,
Él fué también libertador; guerrero
De la lucha más noble!—*La Cautiva*,
Que el sentimiento nacional exalta
Y su estandarte victorioso ondea,
Es como Maipo y Ayacucho y Salta,
El triunfo de una idea!

Poetas! De la Patria es nuestra lira,
La inspiración sagrada

Que á las alturas del ideal aspira!
Y si queremos que los hijos nuestros
Nos den una mirada,
No de frío desdén, de noble orgullo,—
Venid, y entrelazadas nuestras manos,
Sigamos esa estrella que nos guía!
Lancémonos nosotros, sus hermanos,
Por la senda también de Echeverría!

RAFAEL OBLIGADO.

Año 1881.

LA MUERTE DEL PAYADOR

(SANTOS VEGA.—*Tradiciones argentinas*).

Bajo el ombú corpulento,
De las tórtolas amado,
Porque su nido han labrado
Allí al amparo del viento,
En el amplísimo asiento
Que la raíz desparrama,
Donde en las siestas la llama
De nuestro sol no se allega,
Dormido está Santos Vega,
Aquel de la larga fama.

En los ramajes vecinos
Ha colgado, silenciosa,
La guitarra melodiosa
De los cantos argentinos.

Al pasar los campesinos,
Ante Vega se detienen;
En silencio se convienen
A guardarle allí dormido;
Y hacen señas no hagan ruido
Los que están á los que vienen.

El más viejo se adelanta
Del grupo inmóvil, y llega
A palpar á Santos Vega,
Moviendo apenas la planta..
Una morocha que encanta
Por su aire suelto y travieso,
Causa eléctrico embeleso
Porque, gentil y bizarra,
Se aproxima á la guitarra
Y en las cuerdas pone un beso.

Turba entonces el sagrado
Silencio que á Vega cerca
Un jinete que se acerca
A la carrera lanzado;
Retumba el desierto hollado
Por el casco volador;
Y aunque el grupo, en su estupor,
Contenerlo pretendía,
Llega, salta, lo desvía,
Y sacude al payador.

No bien el rostro sombrío
De aquel hombre mudos vieron,
Horrorizados, sintieron

Temblar las carnes de frío.
Miró en torno con bravío
Y desenvuelto ademán,
Y dijo: —«Entre los que están
No tengo ningún amigo,
Pero, al fin, para testigo
Lo mismo es Pedro que Juan.»

Alzó Vega la alta frente,
Y le contempló un instante,
Enseñando en el semblante
Cierta hastío indiferente.
—«Por fin, dijo friamente
El recién llegado, estamos
Juntos los dos, y encontramos
La ocasión, que estos provocan,
De saber cómo se chocan
Las canciones que cantamos.»

Así diciendo, enseñó
Una guitarra en sus manos,
Y en los raigones cercanos
Preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
Y al volverse al instrumento,
La morocha hasta su asiento
Ya su guitarra traía,
Con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento.»

Juan Sin Ropa (se llamaba
Juan Sin Ropa el forastero)

Comenzó por un ligero
Dulce acorde que encantaba.
Y con voz que modulaba
Blandamente los sonidos,
Cantó *tristes* nunca oídos,
Cantó *cielos* no escuchados,
Que llevaban, derramados,
La embriaguez á los sentidos.

Santos Vega oyó suspenso
Al cantor, y toda inquieta,
Sintió su alma de poeta
Como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludeo intenso,
Hirió las cuerdas sonoras,
Y cantó de las auroras
Y las tardes pampeanas,
Enderhas americanas
Más dulces que aquellas horas.

Al dar Vega fin al canto,
Ya una triste noche oscura
Desplegaba en la llanura
Las tinieblas de su manto.
Juan Sin Ropa se alzó en tanto,
Bajo el árbol se empinó,
Un verde gajo tocó,
Y tembló la muchedumbre,
Porque, echando roja lumbre,
Aquel gajo se inflamó.

Chispearon sus miradas,
Y torciendo el talle esbelto,

Fué á sentarse, medio envuelto
Por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
Las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
En la Pampa misteriosa,
A esa música grandiosa
Que los vientos se llevaron!

Era aquella esa canción
Que en el alma sólo vibra,
Modulada en cada fibra
Secreta del corazón;
El orgullo, la ambición,
Los más íntimos anhelos,
Los desmayos y los vuelos
Del espíritu genial,
Que vá en pos del ideal
Como el cóndor á los cielos.

Era el grito poderoso
Del progreso, dado al viento;
El solemne llamamiento
Al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
De la Pampa, ayer dormida,
La visión ennoblecida
Del trabajo, antes no honrado;
La promesa del arado
Que abre cauces á la vida.

Como en mágico espejismo,
Al compás de ese concierto,

Mil ciudades el desierto
Levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
Una edad se desmorona,
Al conjuro, en la ancha zona
Derramábase la Europa,
Que sin duda Juan Sin Ropa
Era la ciencia en persona.

Oyó Vega embebecido
Aquel himno prodigioso,
É, inclinando el rostro hermoso,
Dijo:—«Sé que me has vencido.»
El semblante, humedecido
Por nobles gotas de llanto,
Volvió á la joven, su encanto,
Y en los ojos de su amada
Clavó una larga mirada,
Y entonó su postrer canto:

—«Adios, luz del alma mía,
Adiós, flor de mis llanuras,
Manantial de las dulzuras
Que mi espíritu bebía;
Adiós, mi única alegría,
Dulce afán de mi existir;
Santos Vega se va á hundir
En lo inmenso de esos llanos....
¡Lo han vencido! Llegó, hermanos,
El momento de morir.»

Aún sus lágrimas cayeron
En la guitarra, copiosas,

Y las cuerdas temblorosas
A cada gota gimieron;
Pero súbito cundieron
Del gajo ardiente las llamas,
Y trocado entre las ramas
En serpiente Juan Sin Ropa,
Arrojó de la alta copa
Brillante lluvia de escamas.

Ni aún cenizas en el suelo
De Santos Vega quedaron,
Y los años dispersaron
Los testigos de aquel duelo;
Pero un viejo y noble abuelo,
Así el cuento terminó:
—«Y si cantando murió
Aquel que vivió cantando.
Fué, decía suspirando,
Porque el diablo lo venció.»

RAFAEL OBLIGADO.

EL HOGAR VACÍO

¡Ay! tu hogar está húmedo y sombrío,
De tu encanto vacío,
De todos sus reflejos despojado!
¡El aire que agitaba tus cabellos,
Como no juega en ellos,
Circula entre los árboles callado!

Se caen marchitas, al abrir, las rosas
Que, frescas y olorosas,
Ayer reían en tus sienas bellas;
Y crecen las acacias tan lozanas,
Que cubren las ventanas
Por donde nos miraban las estrellas.

Como uno y otro día no te vieron,
Tus tórtolas huyeron,
Aquellas que, amorosas y sencillas,
Sobre tu casto seno se empinaban,
Y tus labios besaban
Golpeando con sus alas tus mejillas.

¡Quién sabe donde están, adónde han ido
A suspender su nido!
Extrañas son las que en el bosque moran,
Las que se mecen en sus verdes cañas,
Y á tu recuerdo extrañas
Las que en tu sauce predilecto lloran.

Todavía aquel árbol eminente
Sobre el balcón saliente
Deja, inclinado, que su copa oscile;
Pero ya no entrelazan en los muros
Sus vástagos oscuros
La madreSelva y el jazmín de Chile.

Crece hierba salvaje en las macetas,
Colmadas de violetas,
Que tú regabas al morir el día;
Y ruedan por los patios desbandadas

Las hojas arrancadas
De aquel naranjo que tu edad tenía.

Las limpias aguas del raudal cercano
Que en tu rosada mano
Beber solías con afán sonriente,
Cuando del linde de tu hogar se alejan,
Parece que se quejan,
Que van llorando por su dueño ausente.

¡Las olas son que en apacibles horas
Copiaron, seductoras,
De tu frente de niña la azucena!
¡Las mismas olas que, no bien llegaban,
Tendiéndose, buscaban
Algún hoyuelo de tu pie en la arena!

Como en los días del ardiente enero,
La jaula del jilguero
Aún cuelga del parral fresco y umbroso;
Pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,
Hay otro cuyo canto
Es un gemido de dolor medroso.

Así mi lira llorará tu ausencia.
Tu cándida existencia
Cual blanca nube se elevó del suelo
Y en lo infinito desplegó sus galas.....
Los que nacen con alas,
¡Que pronto suben de la tierra al cielo!

RAFAEL OBLIGADO.

PERDÓN

FRAGMENTO DEL «INMORTAL»

Padre, perdón! mi corazón no puede,
Con el inmenso afán de su ternura
Y sollozando muere...
En la tierra, en el cielo, en la onda pura
Un sentimiento bebe,
Que llena el alma en languidez divina
Y que sediento el corazón apura...

 Mi sentimiento es nuevo,
Es un arrullo, una armonía, un coro,
Que dentro el alma llevo:
Acordes de otro mundo, cuerdas de oro
Que vibran solamente
Cuando escucho el acento del que adoro!

 Todo á través lo miro
Del sentimiento en que se anega mi alma,
Y hallo cosas y admiro,
Que tranquilo el espíritu y en calma
Nunca hubiera quizá ni comprendido.

 Y es que ha brotado
Una luz, un reflejo que me inunda;
Es que dentro el espíritu apagado

Hay algo que circunda
Al corazón, abriendo con sus rayos
Las nieblas agrupadas del pasado. ...

En todo encuentro animación, grandeza;
Los árboles, las flores, son criaturas;
En todo encuentro encantos y belleza,
Caricias y dulzuras....
Y hasta en los ojos del que fué enemigo
Descubro la expresión de la nobleza...

Cual si por vez primera
Mis ojos contemplaran tierra y cielo,
Me parece la esfera
Tan hermosa, tan nueva, con su velo
Tachonado de luces, que hasta creo
Que la tierra es más bella y hechicera.

Es que ha alboreado el día
De la estación feliz que yo esperaba,
Un himno se ha sentido de armonía,
Y el pensamiento, el alma que soñaba
Con el ideal de su ilusión querida,
Se ha arrullado en un canto de alegría.

¡Ay! yo lo había soñado
Con su hermosa cabeza iluminada,
Y con inmenso amor le había esperado
Cual se espera una imagen adorada,
Que en todas partes vislumbrarla creemos
Y que es la flor de la ilusión amada!

Pero la incertidumbre
Abatía marchita mi existencia,
Borrándose en la cumbre
El último fulgor de esa demencia,
Que era dentro mi alma entristecida
Lo que es al cáliz de la flor, la esencia.

Perdida lo miraba;
Y en la tristeza de mi amargo duelo
Más amante, más bello lo soñaba;
Y en el trastorno de mi eterno anhelo.
No creía que existiera en este mundo
Sino en la patria del empíreo cielo!

Mas llegó un día
En que el afán del alma se calmara
Traduciendo el anhelo que sentía:
Al encontrar el ángel que soñara,
Más puro que mi sueño y más perfecto
Que el bello ideal que el pensamiento creara.

Lo hallé grandioso,
Lo hallé más bello que el ideal buscado,
Pero triste y lloroso
De las luchas del mundo ya cansado,
Sin encontrar lo que buscó constante
En el largo miraje del pasado.

Lo hallé, Dios mío,
En el afán de mi delirio amante!
Lo hallé á otro lazo indesatible unido;
Y yo lo ví, gran Dios! que vacilante

Lanzaba su alma tierna un estallido,
Al hallarnos tan tarde sobre el mundo
Cuando uno para el otro era perdido!

Oh! yo también al cielo
Lancé un reto, mi suerte maldiciendo,
Un grito de dolor, queja de duelo!
Y el diapasón de mi dolor subiendo,
Maldije mi existencia en este mundo
Si hubiera de vivir siempre muriendo.

Su voz cristiana
Llegó dulce á mi alma dolorida,
¡Su voz que no era de criatura humana!
Diciéndome al oído enternecida:
—Amémonos con un amor celeste,
Como un rayo de gloria bendecida!

Yo escuché aquel acento,
Pero ya estaba el corazón rasgado;
Y el alma sollozando en su tormento
Huyó muy léjos de su bien amado
Para lanzar su postrimer lamento
En el grito de su alma más sagrado.

Amar y ser amado!
Sentirse idolatrar de amor muriendo,
Y vivir condenado
A estar ausente de su bien, teniendo,
Dentro el alma guardado,
Un tesoro infinito de ternura
Que vá nuestra existencia carcomiendo!

¡Oh! padre, ¿habeis amado?
Entonces vos comprendereis mi llanto,
Y cuanto ha sollozado
El pobre corazón en su quebranto,
Viendo ligado á un voto inquebrantable
Al solo hombre que el alma había soñado.

Al solo ser que hallara
Capaz de comprender el alma mía,
Al solo hombre que amara
Con la grandeza divinal, sublime,
Que en mi grandiosa aspiración, soñara.

Padre, perdón! el corazón no puede
Con el inmenso afán de su ternura,
Y sollozando muere!
En la tierra, en el cielo, en la onda pura
Un sentimiento bebe,
Que llena el alma en languidez divina
Y que sediento el corazón apura.....

.....

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.



EL FESTÍN DE BALTASAR

MELODÍA HEBRÁICA

Mane, Thecel, Phares.

En el impío festín
El rey Baltasar estaba,
Con la corona en las sienes
Y sobre un trono de plata.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y exclamaba:
«¡Gloria al Rey!»

De Israel los vasos de oro
Que se trajeran mandaba,
Y en ellos el vino beban
Sus concubinas amadas.
De orgullo y lascivia lleno,
Sus ricos mantos desgarrra,
Y en la desnudez hermosa
Su disolución halaga.
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y exclamaba:
»¡Gloria al Rey!»

«—Los verdes ojos del Rey
Parecen dos esmeraldas;

La púrpura de la rosa
Sus rojos labios no iguala.

«—Dichosa la virgen bella
Que oye sus dulces palabras;
Dichosa la que en sus brazos
De amor el aliento exhala.

«—Prudente y sabio es el Rey;
Justicia tan solo manda;
La tierra adora sus leyes:
Ventura eterna le aguarda.

«—¿Qué vale el Dios de Israel
Contra el poder de su espada?
De los míseros judíos,
¿Cuál es la triste esperanza?»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se postraba y exclamaba:
«¡Gloria al Rey!»

En esto una horrible mano
Sobre la pared grabara
Sentencia que nadie entiende,
Y el rey Baltasar temblaba.

Era *Mane, Thecel, Phares*,
La inscripción de la muralla,
Y al Rey, la corte y al pueblo,
Terror de muerte causaba.

A sus magos le pregunta:
«—¿Qué dicen esas palabras?»
Y ellos responden confusos:
«—Nuestra ciencia no lo alcanza.»

La reina entonces le dice:
«—Llama á Daniel: ¿á qué aguardas?
Es hombre de Dios querido,
Y en él tu padre confiaba.»
Y damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se alejaba y exclamaba:
«¡Ay del Rey!»

«—Si aclaras este misterio,
Que á mi corazón espanta,
Segundo te haré del reino
Y vestirás escarlata.»

«—Triste mortal, ¿qué me ofreces
Cuando á tí todo te falta?
En esa inscripción yo leo:
Tú vas á morir *mañana*.

«En esa inscripción yo leo:
El Medo y Persa *mañana*
Se dividirán tu reino,
Las riquezas de tu casa.

«Pues blasfemaste de Dios,
Tu triste huesa *mañana*

Del último de tus siervos
Será con desprecio hollada...

«El gozo de los tiranos
Es cual fosfórica llama,
Que en la noche tenebrosa
De las tumbas se levanta.

«Solo un momento es la tierra
De sus caprichos esclava;
Pero él pasa, y sus verdugos
Son polvo, gusanos, nada!»

En tanto al mísero rey
La pena y el terror desmayan:
Busca á los suyos, y encuentra
Sólo á Daniel, que le hablaba;
Pues damas y cortesanos
Y toda la sierva grey,
Se alejaba y exclamaba:
«¡Ay del Rey!»

JOSÉ RIVERA INDARTE.

CAMPAÑA DEL EJÉRCITO REPUBLICANO AL BRASIL
Y TRIUNFO DE ITUZAINGÓ

CANTO LÍRICO

Las barreras del Tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios á mi anhelo.
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.

Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos: mil naciones
Con ellos perecieron
Y otras generaciones
Y otros imperios á su vez nacieron;
Empero á la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruina:
Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De Griegos y Romanos: otra historia
De admiración embarga el universo;
Otros hechos sublimes, otros nombres

Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
 Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.
No suenan las Termópilas; los llanos
 De Maratón no suenan;
 Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe:
Que otra perínclita domina,
Y la atención del universo absorbe.
Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvear y Brown los reemplazaron:
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan á los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.
Descended hacia mí, Númen del canto,
Mientras el genio de la Historia corta ..
La pluma de oro, que á la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
 El buril no penetra,
Y á los siglos ^{de} entonces
Grabada pasa indestructible letra;
O mientras en estátuas colosales
El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blasón eterno de la patria mía,
Descended hacia mí, Númen del canto;

Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
Del Austro á los Triones,
Y, leído en las playas de Occidente,
Llevado por la fama voladora,
Admirará después á las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al Nuevo Mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitara
A la Ambición sedienta,
Y la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchara,
Usurpadora al llamamiento acude!
La Venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus viboras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternas puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan,
Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
Que en el Brasil domina,
Tiende á los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina,
Y con enojo horrible y bronco tono,

«No puede ser (clamó) que el Argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un hemisferio,
 Que tuvo la osadía
De aspirar á ser libre en algún día,
Ni basta á mi ambición mi solo imperio.»

Así dijo el tirano, pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse á la República Argentina.
Ella llamó á sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanges ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatarse la independencia cara,
Y que el baldón de América durara.
 Ya tremolando veo
Aquel mismo estandarte
Que en otro tiempo vió Montevideo,
 Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones;
 Ya las voces escucho
 De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;

Guerreros argentinos que llevaron
Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata,
Hasta el ópimo Chile. Las barreras
Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
Y con igual decoro,
En el Perú la espada desnudaron
Y de sangre enemiga la lavaron.
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró Argentinos y quedó asombrada;
Y hélos de nuevo aquí, y arde de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor á la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos á la guerra?
¿Quién es el general que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fia?
¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste
Con vítores festivos le aclamaba:
¡Este es el vencedor, el génio es este!
Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
Las naves brasileras
Oprimen formidables y altaneras.
En marcial fuego y belicoso brío

Arda la Capital, los campos ardan:
 ¿Mas como irán á la oriental ribera
 Los fuertes adalides, que ya tardan,
 Y de cuyo ardimiento solo espera
 La liberta del oprimido Oriente?
 ¡Tardar! No lo consiente
 El marino impertérito, terrible,
 Que sintiéndose intrépido, invencible,
 Se decide á forzar á la Victoria
 A que empiece á tejerle la corona,
 Conque muy pronto en Uruguay las siènes
 Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil,
 Pero no débil desde que él se alzara;
 Y la espumante prora,
 Que divide las ondas cristalinas,
 Convierte al enemigo vencedora.
 Lé arroja de las aguas argentinas
 Y, en un combate y mil, al mundo enseña,
 Que el poder es ser bravo, y que Fortuna
 Del sublime valor, que la desdeña,
 No tiene en las hazañas parte alguna.
 Mientras que, vencedor por su destino,
 Brown combatía la tremenda flota,
 Quedaba libre el líquido camino,
 Y á la playa remota
 Volaban las legiones
 Que al causador de tan inícuca guerra
 A mostrar iban ya nuestros pendones
 Triunfantes en las aguas y en la tierra.

«¡Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria
No basta una victoria
Para humillar tiranos orgullosos:
Ya la patria os saluda;
Sus hijos sois: y uniendo el Occidente
Su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,
Vuestros hermanos manda en nuestra ayuda.»
Así dijo Alvear, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera
De su nación preclara,
Insignia á la Victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
Oh númenes del canto;
Pulsad mi lira con el plectro de oro,
Ó borro el verso que no alcanza tanto.
Oigo ya resonar... Mas ¿qué interrumpe
El éco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrisonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ay! que sonó la trómpa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh madres argentinas! en el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! enpapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la Orfandad y la Viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,

Derramando tras sí miseria larga.
 Pero no; presentad á vuestros hijos
 El valor de sus padres por modelo,
 Y dejad á las madres brasileras
 Llanto sin fin, inacabable duelo;
 Que sus hijos están en las hileras
 Al filo vengador de las espadas,
 Y al altar de la Muerte destinados.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
 Traspasaron el límite anchuroso
 Que divide la tierra de los libres
 De la tierra infeliz de los esclavos.
 Ahora es tiempo de que el rayo vibres
 Con que nos amagabas jactancioso,
 Cuando inmensas distancias separaban
 Ejércitos y ejércitos, ni Marte
 En tus campos plantaba su estandarte,
 Ni nuestro Sol tus águilas miraban.
 ¡Tirano del Brasil! ¿Adónde, adónde
 Los ministros están de tu venganza?
 ¿Ó cual es el lugar en que se esconde,
 Huyendo de la bárbara matanza,
 Ese grupo venal, en cuya frente
 Miro la marca del esclavo impresa
 Afrentando el valor del combatiente?
 ¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
 La posesión de una provincia ajena,
 ¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
 ¿Y cuál es el poder de que blasonas,
 Si apenas nuestro intrépido soldado
 El umbral del imperio ha traspasado,

El suelo del imperio le abandonas?
¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su muerte, su vivir te fia!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?
¿Son las breñas de la alta serranía
La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados?
Esas armas, que brillan en la cumbre
Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
Esos brazos inertes,
Con oro vil comprados,
Y sólo á la cadena acostumbrados,
¿Son los que has elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Que larga y cruda guerra ha endurecido?
Sí, que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres; sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos á buscarlos
Al mismo pie de la dolosa altura.
Así el astuto Griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
Solo esperó en la necia confianza
Con que hasta el pie del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
Á su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será; porque el guerrero
En quien hoy la república confía,
Si es que aprendió de Marte

Frío valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirige, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvear, tu nombre aumenta
La lista de los grandes generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y á quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
Fatal y necesario—Derramado

 Por la extensión desierta,
Donde horroriza la natura muerta,
Nada es que el sol abrasador hostigue
 Al escuadrón valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente.

 Su gloria es la fatiga,
Y la bóveda espléndida del cielo
Ó de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga;
 Marchar es su descanso,
Y áridos arenales sus caminos;
Pero tienen valor, son Argentinos.

 Ábreme tus volúmenes, Historia,
 Y muéstrame aquel hombre,
Que fatigó á la tierra con su gloria
Y fatiga tu pluma con su nombre.
Del Egipto en los vastos arenales

Le halla mi acalorada fantasía,
Seguido de franceses inmortales;
Y se goza feliz la musa mía
 En ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podría,
La de Alvear también describiría;
Y atónito observara el universo
Que del gran capitán el gran modelo
No en vano se ha grabado en la memoria,
 Y que tenemos gloria
Parecida á la suya en nuestro suelo.
Mas ya salen del yermo inhospitable
 Las huestes argentinas,
Y mostraron su frente delcitable
De Bayés las bellisimas colinas.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus triunfos hazañosos.
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy, como abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería
De vosotros, oh pueblos, este día,
 Si el argentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambición fatal de los tiranos?

 ¿Qué haceis, qué haceis soldados
Que ya no descendeis de la alta cumbre,
Y, por estas llanuras derramados,
Ostentais vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bayés encierra

Abandonais así? ¿No sois testigos
De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, á la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz Germano,
Y audacia no hay en el Sicambro fiero,

Para bajar al llano

Con ímpetu guerrero,

Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la Muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así, acosada
Del veloz cazador, tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura

Y aún su pavor conserva

Ya del venablo y del lebreल segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
Con que avanza la hueste vencedora
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero ¡qué conquistar! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algún día
Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
Del frío Septentrión al Mediodía,
El suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvear, siguiendo á la Victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,

Y en vano, en vano San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.
Como cuando retiembla el pavimento,
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el río, en encontrado movimiento,
Ó retorna al lugar donde ha nacido,
Ó, en curso desusado,
Baña los campos que no había bañado;
Así retiembla la campaña en torno,
Bajo el pié del alípedo caballo,
Y así en varias y opuestas direcciones
Corren los formidables escuadrones,
Y ya la falda de la sierra tocan,
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan,
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
Os cubrirán de gloria
Y harán que se conserve entre las gentes
Con respeto y honor vuestra memoria,
Hoy se ven precisados
Á simular pavor y retirarse,
Por probar si se atreven á lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:
Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día
La torpe villanía
De obligar al ardid á un valeroso.
Así dijo Alvëar, y á las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavora,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os va á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en occidente,
Y abandona el Olimpo refulgente
Á la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,
Sangre, horrores y muerte presagiaban.

Pero el campo argentino
No así el pavor cubría
En tan horrible noche; de continuo
Alvear su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga á Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donde lance
El tronador cañón su globo ardiendo.
Este es el sitio en qué el infante guarde,
Aquella el ala que primero parta,

Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo, todo ordena
 Para el trance cercano
Y la enemiga fuerza de antemano
Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del día
Hizo cesar el Sol; y el brasilerero,
Que en fuga vergonzosa nos creía,
 Atónito, azorado,
Mira á su frente al enemigo fiero,
Á espantable venganza preparado.
¡Oh! día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No; no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores,
 Que este asunto no es mío;
Toma tu trompa, ensalzadora Clío.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantaran,
Y el rayo á las esferas celestiales
 Atrevidos robaran,
Y en los hórridos bronce le encerraran,
Con no menos furor, con menos arte,
Á los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían
En silencio espantoso, y más de cerca,
Más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,

Y con paso terrible,
Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid, si no vencían,
Infundieron valór, dieron fiereza
Á los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados
Parecían un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilámines, indignos,
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros Teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inexpugnable muro; no hay guerrero
Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes á abrasarle,
Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante á derribarle.

Solo el patrio soldado
Que vencer ó morir había jurado,
La tremenda falange
Pudiera ver llegar, y no temblara;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera
Subió en su carro á la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.

El belicoso bruto al punto parte,
 Que ya el audaz ginete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
 No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
 Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mutuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,
Sirven más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza;
 Sin elección la Muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hierre; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña
La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo á brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvear los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando á Brandzen,
«Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra Patria, amigo, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha.»
No dijo más: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y allí le envíe donde el riesgo es grande,
Á la arena con ímpetu descende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá á los campos de la antigua Troya
Hector descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen espiró.... ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileñas huestes! Mas valiera
Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado

Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahora empezará. «¡Venganza!» grita
El intrépido Paz: «¡Venganza!» clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y «¡Venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza
Como torrente; el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja á su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falange al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego:
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete;

Así las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,
Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten;
Hasta que se desploma á lo más hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desaparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza
También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores á millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.

La lid por todas partes, entre tanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida hierba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama,
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo
Los miembros de sus tróncos separados,
Y á la llama de pábulo sirviendo

Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡Oh Dios! de que se sienta
De la aflijida humanidad el llanto?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la Victoria
Vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto
Que se compran con muertes tan crueles?

Y, en medio del estrago,
Adonde está el guerrero,
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle donde está?—Cual raudo viento,
Que arrebatara en furioso remolino
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
Derribando no mas, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas voces arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y á los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y sobre escombros espumante pasa;
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos á su frente.
Muy más allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,

Los acaban en fin y no reposan,
Y á la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante
Disipada la nube que ocultaba
La faz del sol, que su zenit tocaba,
Se mostró, mas que nunca radiante.
De lo más elevado
De los aires desciende de repente
Un trono refulgente,
De azul, y de oro, y resplandor cercado
Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besares
El pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la Victoria
Cuando Belgrano fué.—«Basta de sangre
«(El héroe prorrumpió); que este es el día
«En que, en otro Febrero,
«Rendir vió Salta el pabellón Ibero,
«Y cubrirse de honor la patria mía.
«Este estrago terrible, este escarmiento
«Es sacrificio á mi memoria digno,
«Y digno de la Patria el vencimiento.
«Argentinos, triunfad.» Dijo, y benigno
Á la sien de Alvear en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
Entonces el Terror: el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar á sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la Muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;
Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre General! Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantua se igualara!
¡Como entonces por todo el universo
Orgullosa mi Musa te aclamara!
Y á la par vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarria,
Preclaros adalides,
Vencedores en esta y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
Fuera por mí olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos, que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,
Y á sus horrores avezados fuesen.
¡Vivid, vivid, guerreros! Las hileras
Que en el campo formais, son hoy la Patria;
Solo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos

Os saluda la paz, y á los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Argentina.

JUAN CRUZ VARELA.

1827.

DE MI MUERTE

Ora benigno me dilate el cielo
Estos momentos que llamamos vida,
Ora le plazca que el presente sea
Mi último día;

Bien me acostumbre la dolencia larga
Á ver de lejos que la muerte llega,
Bien como rayo que improviso hiere,
Súbito venga;

Ya me arrebate del festín alegre,
Entre los brindis del ligero Baco,
Ya cuando, á solas, de mi patria lloro
Triste los hados;

Sin que me aflija roedora duda
Bajaré impávido á la eterna noche
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aqueronte;

Iré á presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado que evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazón de piedra,
Al afligido que á su vista gime,
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.

Mas como el númen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

¡Oh cielo! escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que solo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno.

Primero muera que mi tierna esposa,
Muera primero que mis dulces hijas,
Y moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

JUAN CRUZ VARELA.

AL 25 DE MAYO DE 1826

—
O D A

Otra vez raya el día, el grande día
En que la patria á su esplendor naciera;
Y el mismo sol que su eternal carrera
Desde la creación sigue inmutable,
Diez y seis años ha que mira al cabo
Libre é independiente
El mismo continente,
Que tres siglos enteros miró esclavo.

¿Quién tanta gloria obró? ¿Cuál' fué la mano
Que trozó la cadena envejecida,
Que este mundo ligaba al otro mundo,
Atado al pié del trono de un tirano?
El noble americano
Un día se cansó de vejaciones,
Se avergonzó del nombre de colono;
Y, al golpe de su brazo, á lo profundo
Cayó con el tirano hundido el trono.

Mayo miró romperse las prisiones:
Mayo miró el prodigio. Desde entónces,
En vez de la cadena ignominiosa
Que con el mundo opuesto nos unía,
Nos unen hoy á todas las naciones
Los vínculos honrosos
Del comercio y la industria. ¡Cuánta gloria
Preparó un solo día,

Un día afortunado
Para vengar ultrajes reservado!

Y este día es el de hoy. La triste Iberia
Hoy más que nunca los desastres siente,
La ruina y la miseria
Que su orgullo tenaz le ha preparado.
En el suelo de América ha agotado
Su poderío ingente;
Y con qué contener no tiene ahora
A la rueda inclemente
Del carro en que se arrastra entre sus pueblos
La civil disensión asoladora.
¡Pobre España! Contempla en este día
Como los hijos de Colón celebran
Su gloria y *Libertad*: y tú entretanto
Por lanzar de tu seno á la anarquía
Te fatigas en vano;
Y no lo lograrás mientras tu brazo
No acabe con el pérfido tirano
Que en tu vida se ceba,
Y al precipicio sin piedad te lleva.

Pero tú serás libre cual nosotros.
Déjate conducir por los que miran,
España, por tu bien; por los que aspiran
A salvarte del fin triste y sangriento,
Que, si te obstinas, por tu mal te espera.
Mira al rico Bretón, en el momento
Que sintió que la América rompía
El último eslabón de su cadena,
Como reconoció nuestros derechos;

Y los hijos del Sena
A seguir este ejemplo se preparan.
Síguelo tú, y verás en el instante
Que tu impotencia desvalida amparan
Contra tus despiadados opresores;
Síguelo tú también y que otro *Mayo*
Mire apagado de la guerra el rayo,
Mire al fin extinguidos los rencores
Que por tu injusta saña
Ardieron entre América y España.

Y lo verá otio *Mayo*; y tal vez sea
Nuevos triunfos del fuerte americano;
Y nuevos escarmientos de un tirano,
Que aún nos provoca á la feroz pelea.
En el centro de América se ostenta
Un trono, de delitos circundado,
Y el vil usurpador que en él se sienta
Caerá dentro de poco; ya no es dado
Mas tiempo al despotismo
Alzar en nuestro suelo su estandarte.
¿Pero que mucho? Si en el seno mismo
Del Brasil ya se lanza
De *Libertad* el grito, y se reparte
Doquier su fuego santo, que no alcanza
A sofocar el débil poderío
De su opresor injusto: ya tus hijos
Se acuerdan de que son americanos,
Y aspiran hoy á ser nuestros hermanos.

Sí, pueblos, lo sereis: la causa vuestra
Nuestra causa será: de nuestras manos

No caerán los aceros que empuñamos,
En tanto que entre escombros sepultados
El trono y el tirano no se vea;
Y por la luz de *Mayo* hoy os juramos
Triunfar ó perecer en la pelea.

FLORENCIO VARELA.

1826.



